





DECRETOS DE DIOS.

Drama en tres actos y un prólogo, en prosa, original de D. Antonio Malli, *para representarse en Madrid el año de* 1855.

PERSONAS.

Lucia de Sandoval.	Rodrigo Tovar.
Elvira.	Fernando.
Sol.	Alonso Coto.
Pero Sarmiento.	Un Obrero.
Marcos Garcia.	Dos Criados.
Don Diego Toranzos.	

Caballeros, Guardias, Pueblo, Labradores.

La accion del prólogo es en una granja, á cuatro leguas de Valladolid, en el año 1429, y la del drama en Toledo en 1449, reinando don Juan II.

PROLOGO.

Una sala baja en la granja de Tovar. Muebles rústicos. Dos puertas laterales y una al fondo, por la que se ve el campo.

ESCENA PRIMERA.

Garcia.

Nadie? Debe hallarse en casa... Es necesario que le aleje de aqui cuanto antes. Don Diego me espera á corto trecho para entrar en esta granja. Sarmiento sale...

ESCENA II.

Garcia, Pero Sarmiento.

Sar. Garcia! Con cuánta impaciencia os he esperado hoy!
Gar. No me ha sido posible salir antes de Valladolid.
Sar. Venis de la corte?
Gar. En este instante acabo de llegar. Mi caballo está á la puerta, bañado en sudor.
Sar. Y me traeis alguna nueva favorable?
Gar. No son adversas las que he adquirido esta mañana. Segun me afirmó un amigo que vino á visitarme, y que asiste muy de cerca á nuestro rey y señor don Juan segundo, tan de cerca como lo puede permitir la suspicacia del favorito don Alvaro de Luna, tal vez antes de que se oculte el sol, se hallen pruebas auténticas que puedan justificaros.
Sar. Será cierto?.. Ah! No me engañeis.
Gar. Os consta, hace dos meses, que soy vuestro mejor amigo, y que he hecho por vos cuanto en mi mano ha estado.
Sar. Y yo os vivo agradecido.
Gar. Dejaos de eso, Sarmiento, y vamos á lo que interesa. Es necesario que partais al momento á Valladolid, y entreis con precaucion, como lo habeis hecho otras veces: penetrad en mi casa, que como sabeis está pegada al muro; alli mi escudero Lope os informará de lo que hacer debeis para hallar las pruebas escritas que necesitais.
Sar. Quiera el cielo poner término á mis desdichas.
Gar. Sí lo querrá: muy pronto podreis levantar altanero la frente y salir de estos lugares. Yo torno sin tardanza á la corte, porque mi ausencia pudiera escitar sospechas. Llegaré antes que vos, y como siempre trabajaré sin descanso en favor vuestro.
Sar. Garcia, si puedo recompensar, como merece, vuestro celo en mas felices horas, no dudeis que sabré demostraros toda la gratitud de que está poseido mi corazon!
Gar. En el mio está la recompensa de lo que en favor de un amigo haya podido hacer hasta aqui. Adios, Sarmiento, él quiera que muy en breve pueda devolveros la felicidad que os arrancó un infame. (*vase.*)

ESCENA III.

Sarmiento, *luego* Lucia.

Sar. Ah! Quién me hubiera dicho jamás que pudiera llegar un dia en que me viese desterrado y proscripto; acusado de un crímen horrible; sin patria y sin honor?.. Sin honor! El ídolo á quien todo lo he sacrificado siempre!
Luc. (*saliendo.*) Querido esposo! Si no me equivoco, Marcos Garcia ha estado aqui.
Sar. Acaba de marchar.
Luc. Y te hallaras pronto restituido á tu antiguo esplendor?

SAR. Me ha dado esperanzas muy alhagueñas, y debo partir ahora mismo á la corte.

LUC. Las mugeres somos suspicaces y recelosas; no te estrañen mis ideas, Sarmiento; ese García me infunde desconfianza y sospecho de su buena fé.

SAR. La desgracia suele hacernos injustos, amada Lucia yo veo en él un amigo sincero.

LUC. Una idea siniestra me persigue constante desde que te ví envuelto en la infame calumnia que puso tu vida en peligro.

SAR. Y cuál?

LUC. La de que es obra suya nuestra desgracia.

SAR. Desecha ese pensamiento, Lucia! Deséchalo; es demasiado absurdo.

LUC. No tanto. Recuerda las circunstancias que hicieron de ti una víctima. García te acosaba sin cesar para que lograses del monarca le admitiese en su cámara como gentil-hombre; si tú entrastes en el aposento del rey, en el instante que un asesino levantaba un puñal regicida sobre su cabeza, fué instigado por el mismo García que te aseguró ser la hora oportuna de conseguir lo que hacia tanto tiempo anhelaba.

SAR. Y tú recelas?..

LUC. Que el haber demorado que obtuviese esa gracia, tal vez sea el motivo de que por vengarse García, creyendo que rehusabas mediar en su favor, haya hecho recaer en ti la horrenda nota de regicida, y la cólera de don Juan.

SAR. Cierto es cuanto acabas de referir. García me habia suplicado que lograse del monarca tal merced, pero aunque varias veces habia intentado hablarle con ese objeto, no pude conseguirlo porque don Alvaro no le abandona nunca. Aquel dia, fatal para mí, García me aseguró que la ocasion era propicia porque se hallaba solo el rey: penetré en su estancia y ví un hombre enmascarado que alzaba un puñal sobre su cabeza; el monarca da un grito y cae en un sillon... Yo aterrado quedé sin movimiento, juzgando ser presa de una pesadilla espantosa, y cuando los guardias entraron en la cámara real me hallaron solo y confundido, y vieron un puñal á mis pies, que sin duda dejó caer el regicida al huir, sin que yo advirtiese por dónde.

LUC. Pues bien! Ese misterioso suceso, no parece nacido de una tenebrosa maquinacion y no hijo de una casualidad?

SAR. No; nunca puedo creer autor de una trama tan vil á García. Si él lo hubiese sido, no consideras que no habria despues facilitado mi fuga de la prision, ni me hubiera protegido, con tanto riesgo suyo, ocultándome en su propia casa dos dias, y trabajando en pro mia dos meses?

LUC. A pesar de todo, dudo de la sinceridad de ese hombre.

SAR. Es preciso que seas mas justa, mi buena Lucia: confia en el Eterno, que nunca abandona á la inocencia... él no puede querer que el deshonor que me mancilla, recaiga sobre nuestro inocente hijo, que apenas cuenta dos años.

LUC. Si... tienes razon!

SAR. Voy á verle antes de partir; sus caricias me dan aliento y confianza.

LUC. Temo que en una de tus escursiones á Valladolid, te descubran y pierda mi único apoyo en el mundo.

SAR. Nada temas; sé precaverme de todo riesgo. Quién ha de descubrirme bajo este trage? Hasta despues, esposa mia. (*vase.*)

ESCENA IV.

LUCIA, *luego* ELVIRA.

LUC. Qué triste situacion! Siempre luchando con temores... siempre creyendo próximo el instante anhelado del triunfo, y viéndole alejar cada vez mas... Ah! Quiera Dios poner un pronto término á estado tan cruel!

ELV. Y mi hermano? (*saliendo.*)

LUC. Ha ido a abrazar á nuestro Enrique antes de partir á la corte; hoy ha concebido esperanzas de hallar lo que hasta aquí ha buscado vanamente.

ELV. Dos meses hace que trata ansioso de encontrar una prueba que le vindique á los ojos del soberano, pero todos sus pasos han sido inútiles... Ni un indicio que dé á conocer al verdadero regicida. Mas en medio de tal angustia, debemos dar gracias á Dios que le ha salvado de una muerte segura, librándole de una prision, de la que hubiera salido para el cadalso.

LUC. Sus jueces se hallan convencidos de su inocencia, porque conocen su providad y su adhesion al soberano; sus respuestas en los interrogatorios que ha sufrido, alejan de él la responsabilidad... pero exigen una prueba que denuncie el autor de tan nefando crimen, para publicar su inocencia.

ELV. Y siendo asi, por qué huyó de la prision, haciéndose culpable con la fuga á los ojos de los que le creian inocente?

LUC. El condestable quiso apresurar el fallo de su causa, y para dar un público escarmiento, hacer caer la cabeza del regicida en la plaza de Valladolid. En tal conflicto, aceptó la huida que García previnó, para sustraerse á una muerte inevitable, y poder, á favor del incógnito, buscar esa prueba que debe darnos la tranquilidad y la dicha. Para vivir ignorados, un fiel servidor de la familia de mi esposo, que nos siguió á la corte hace cuatro años desde Toledo nuestra patria, nos ofreció esta granja á cuatro leguas de Valladolid, para que en ella pasásemos por criados suyos de labranza, alejando de este modo toda sospecha de nosotros.

ELV. El buen Tovar no ha desmentido nunca el afecto que profesa á nuestra familia.

LUC. Ojalá nunca hubiese accedido mi esposo á las reiteradas instancias del rey, cuando por ausencia de don Alvaro, que se hallaba en la guerra, le mandó llamar á su corte, para que le diese un apoyo en su aislamiento, y le ausiliase con sus consejos, que decia apreciaba en mucho.

ELV. Como que nunca podrá olvidar los inmensos servicios que debe á nuestro padre; que murió sirviendo de escudo á su persona. Por eso dice que le es mas sensible la traicion; porque viene de manos de un Sarmiento, de quien jamás hubiera imaginado que sirviese de torpe instrumento al rey de Aragon en contra suya.

LUC. Es cierto, Elvira, sospechan que el que atentó á su vida fué mandado por el aragonés.

ELV. Quizá sea esa la sola verdad del hecho de que somos víctimas. Si; porque yo tambien abandoné la pacífica morada del claustro para seguir aquí á mi hermano, y llorar mi desgracia al par de la suya!.. No parece sino que el cielo ha lanzado sus iras sobre esta familia desventurada!

LUC. Y bien, amada Elvira; no ignoras que las penas son menores cuando se depositan en el seno de la amistad, y yo mas que amiga soy para ti una hermana amorosa. Solo me has confiado una parte de tu

secreto. Quiero saber los pormenores de la traicion inicua que te ha sumido en el dolor.

Elv. Tienes razon, Lucia. Oyeme, y compadece mi desventura. Hacia un año que vivia en la calma y la felicidad, en el convento en que mi hermano quiso que acabase mi educacion, à su llegada á Valladolid. Feliz en medio de aquella soledad, únicamente tuve una amiga, á quien di entre todas la preferencia, por su candor y sus virtudes: mi amada Elena tenia un deudo que iba á menudo á visitarla, y en todas sus entrevistas me hallaba yo presente. Al cabo de algun tiempo me declaró su amor, y mi alma, agena hasta entonces á los encantos de esa pasion, subyugada por las palabras falaces y alhagueñas de aquel hombre, correspondió con candidez á un sentimiento que la ofrecia un porvenir delicioso. Asi continuó engañando mi inesperiencia, y hablándome ante mi amiga muchos meses, la que vió en nuestro futuro enlace una série no interrumpida de venturas, y me alentaba á creer en las ofertas de aquel hombre; el infame decia que seria mi esposo tan luego como consiguiese un proyecto, del que aseguraba depender su porvenir.

Luc. Cobarde villania!

Elv. La desgraciada Elena cayó mortalmente enferma, y yo no me separaba un momento de su lado; su deudo logró un permiso para penetrar á verla, y aquel permiso fué mi perdicion, porque el pérfido abusó indignamente del cariño que supo inspirarme. Elena espiró en mis brazos, y él no puso mas la planta en el sagrado asilo que profanó con tanta torpeza. Esta es, mi amada Lucia, la desgracia en que me hallo envuelta, y que agolpa sin cesar las lágrimas á mis ojos.

Luc. Llora, Elvira, sin temor alguno; el llanto dá consuelo á las almas afligidas. Mas no te desesperes; hay un Dios justo que castiga al delincuente, y dá amparo al que sufre.

Elv. Pero y si mi hermano llega á descubrir este secreto?.. Si á la deshonra que lamenta, une algun dia la que su hermana ha estampado en su nombre, cuál será su dolor, y cuál su ira contra la que ha arrojado al lodo el ilustre blason de su estirpe?

Luc. Nada temas, hermana; este secreto lo ignorará hasta el dia que puedas hallar á tu seductor.

Elv. Para ocultarlo á sus ojos, el inocente fruto de mi falta, mi hija adorada, mi Sol, está en una alqueria inmediata, al cuidado de una pobre muger, que la hace pasar por su hija. Infeliz criatura! Condenada á la verguenza desde el nacimiento, y á verse privada de los halagos de una madre...

Luc. Y tú ignoras el nombre del cobarde que te ultrajó?

Elv. Solo me dijo que se llamaba Alfonso de Zúñiga.

Luc. Pues bien, confiemos en la Providencia! Si algun dia podemos volver á la corte, libres de la imputacion espantosa que pesa sobre tu hermano, tal vez consigamos encontrar á ese hombre, y obligarle á que repare públicamente su traicion. Ah! Yo tambien, Elvira, tengo pesares que oprimen mi pecho. Tambien un noble atrevido, y cuyo nombre ignoro, ha osado en Valladolid hablarme de su amor; y á pesar de nuestra fuga á esta granja, en medio del mayor sigilo, ha descubierto, no sé cómo, nuestra morada, y varias veces ha venido ya á importunarme con las protestas de una pasion que me horroriza.

Elv. Es posible?

Luc. Juzga cuál será mi conflicto, teniendo que sufrir sus persecuciones y escuchar sus odiosas palabras, que hacen brotar la indignacion á mis megillas, por que recelo que una repulsa, sea la causa de la perdicion de mi esposo.

Elv. Pues qué, ese hombre?..

Luc. Me amenaza con indicar al rey el paradero de Sarmiento, en cuanto pierda las esperanzas de conseguir que corresponda á su amor.

Elv. Gran Dios!

Luc. Esta idea me hace temblar! Aun cuando sufra el mayor tormento, soportaré pacientemente sus infames propuestas, hasta el dia en que vindicado mi esposo, pueda humillarle con mis desprecios.

Elv. Por todas partes deshonor! Por todas partes desventuras!

Luc. Ven, sígueme, Elvira; vamos á pedir al Eterno que nos dé fuerzas para sufrir!

Elv. Y que aplaque cuanto antes el rigor con que nos abruma! (*vanse.*)

ESCENA V.

Garcia, Toranzos.

Gar. Está sola la estancia... Sarmiento habrá marchado ya. Entrad, señor, y no receleis.

Tor. Ha partido ya?

Gar. Yo le aseguré que su presencia era necesaria en la corte, y que de su prontitud en partir pendia su fortuna. Ya debe hallarse lejos de esta granja, y las mugeres estarán solas.

Tor. Tú no sabes, Garcia, cuanto es el amor que me inspira la esposa de Sarmiento; él me ha impulsado á que haga recaer mi crímen sobre ese hombre... y debo darte gracias por la ayuda que me has prestado para ello.

Gar. Ya veis que por serviros sacrifico la amistad.

Tor. Y tú no ignoras, que por tal sacrificio obtendrás un condado, si nuestro plan se realiza y sale vencedor el rey aragonés de su enemigo don Juan segundo; y aunque la muerte del último no se ha logrado, hoy mismo he remitido una carta á Aragon, participando lo ocurrido, y que nadie sospecha de mí, por lo cual puedo entretener á don Juan, para que aprovechando la indolencia con que don Alvaro se duerme en la corte sobre los laureles de sus anteriores victorias, introduzca su ejército en Castilla, y se apodere por sorpresa de Valladolid.

Gar. Y esa carta?

Tor. Mi escudero Ferrando, hombre diestro y leal, ha partido esta mañana antes de amanecer; con encargo de llevarla á Aragon por senderos estraviados. Conque buen ánimo, Garcia, porque tal vez muy pronto ornarás tu frente con una corona de conde.

Gar. Esa esperanza seductora es la que me obliga á ser vuestro instrumento; seducido por ella, cumplí vuestro encargo de hacer penetrar á Sarmiento en la cámara real, al mismo tiempo que vos entrábais tambien por la puerta secreta.

Tor. Puerta de salvacion, pues ella me libró de ser descubierto. Mucho me costó saber aquella entrada oculta; que dá paso al cuarto de don Juan desde las habitaciones que ocupa en palacio don Alvaro de Luna, y que este mandó construir para entrar á observar las acciones del rey, sin que pudiese verle ningun servidor de palacio, con el fin de espiarle contínuamente, y sorprender sus secretos mas íntimos.

Gar. Y cómo descubrísteis ese paso secreto?

Tor. Yo sospechaba su existencia hacia tiempo, porque habia visto varias veces aparecer á don Alvaro en la

cámara del rey, cual si fuese una sombra; me introduge en su estancia; espié sus pasos, y descubrí lo que tan útil habia de serme. Logrado este objeto, me era preciso que en el momento que yo diese el golpe, hubiese en la estancia un hombre á quien hallasen, saliese bien ó mal el proyecto, para que la acusacion recayese sobre él, y se alejasen de mí las sospechas. Desgraciadamente, me sorprendió don Juan, y tuve que huir por la puerta secreta, no sin tener antes la precaucion de arrojar el puñal á los pies de Sarmiento, para que sirviese de prueba contra él.

GAR. Y el rey, os vió?

TOR. Cuando volvió el rostro hácia mi, ya habia desaparecido; ademas, aunque me hubiese visto, llevaba una máscara.

GAR. Y Sarmiento?

TOR. Sarmiento aturdido no pudo observar por donde salí, y mucho menos sospecharlo, ignorando la salida secreta.

GAR. Y no os vió nadie al entrar ó al salir de las habitaciones de don Alvaro, para ganar el pasadizo oculto?

TOR. Ya tuve buen cuidado de que no se notase mi presencia allí: aquel dia me creian todos de caza con mi servidumbre.

GAR. Y el puñal no puede descubriros?

TOR. No tiene señal alguna que pueda designar un dueño marcado.

GAR. Y quereis decirme, por qué no le habeis dejado subir al cadalso que le esperaba, y me encargásteis que facilitase su fuga?

TOR. Porque me repugnaba cometer un crimen inútil. Solo queria alejarle de Castilla para que su esposa sola y abandonada, accediese con mas facilidad á mis deseos.

GAR. Bien os burló, por cierto, en vuestros cálculos, porque desapareció con su esposo de Valladolid.

TOR. No sabes cuánto sufrí, ni cuál fué mi ira cuando me lo anunciaste; en aquellos ocho dias crueles que ignoré su paradero, creí perder el juicio.

GAR. Pero yo, cumpliendo vuestros deseos, asedié á su escudero Rodrigo Tovar, engañándole hábilmente con que trabajaba sin descanso en favor de su dueño, y que tenia que darle nuevas que le harian triunfar de la calumnia que le mancillaba, y por fin logré me revelase, que se hallaba oculto con su familia en esta granja, disfrazados todos, y fingiéndose labradores suyos.

TOR. Dos meses hace que vengo aqui, casi diariamente, y procuro vencer de distintos modos la resistencia de esa muger, que ha borrado en mi corazon hasta el recuerdo de las demás, y nada he podido conseguir aun: ni el ruego, ni las ofertas, ni las amenazas han bastado á seducirla... pero hoy es el último dia de lucha entre nosotros; ó accede á mis deseos, ó denuncio á su esposo, y le veré con júbilo subir al suplicio, en venganza de mi desprecio; mi amor es un torrente impetuoso, que arrastra en pos de sí cuanto se opone á su paso devastador.

GAR. Sois audaz, y la fortuna favorece siempre á los audaces.

TOR. Lucia se acerca; déjame solo, y vé á esperarme cerca de aqui, para volver juntos á la corte.

GAR. Os obedezco. Buena suerte, Toranzos.

ESCENA VI.

TORANZOS, *luego* LUCIA.

TOR. Es necesario que consiga al mismo tiempo que mi amor, el objeto único de mis deseos, por el que tantos peligros he arrostrado con impavidez... ocupar el primer puesto del estado en Castilla! Y lo lograré al fin, si por mi medio triunfa el rey de Aragon.

LUC. Veamos si mi esposo puede salir sin ser visto.

TOR. Lucia! (*presentándose ante ella.*)

LUC. Gran Dios! (*retrocediendo aterrada.*)

TOR. Nunca podré vencer la antipatía que mi presencia os causa?

LUC. Nunca, no lo espereis! Es inútil que me persigais con vuestro amor insensato. Mi honor está sin mancha, y sin ella le conservaré hasta el sepulcro!

TOR. Vos olvidais, sin duda, que mi poder es grande, y que á impulsos de la pasion que abrasa mi pecho, puedo lanzarme en el camino de la venganza!

LUC. Y es de ese modo como imaginais conquistar el afecto de una muger?

TOR. Bien sabeis, Lucia, que no es ese mi pensamiento. Corresponded, señora, á esta llama que me consume, y en mí tendreis un siervo pronto siempre á ejecutar vuestro menor capricho. La pompa, el esplendor, haré que os rodee por do quiera, y ninguna muger en el mundo será tan dichosa como vos podeis serlo á mi lado.

LUC. Dichosa! Amarga burla! Juzgais que hay dicha en la deshonra para la que mira su honor como la joya mas preciada? Hay dicha nunca en medio de la desolacion y del crímen? Dolor eterno, verguenza y ludibrio recoge solamente la que falta sin pudor á su deber.

TOR. Pues bien! Sabed que me hallo resuelto á todo para poseeros; si la persuasion es insuficiente, la violencia me conducirá al triunfo... Dispongo de medios poderosos que os harán caer sin defensa en mis brazos.

LUC. Desechad pensamiento tan impio! Ya que no podeis hallar en mí correspondencia, sed generoso, y no turbeis la escasa paz que me ha dejado un vil calumniador.

TOR. Juzgais que puedo dominar esta pasion que me avasalla!.. No, no es posible! Nada me hará retroceder, mas que la muerte. Sola vos podeis volverme al sendero del bien; acceded á mi amor.

LUC. Jamás! Antes seré víctima de vuestro acero.

TOR. No, vuestra vida me es para mí sagrada. Pero ya que en vos no, pues desechais mi amor por vuestro esposo, en él me vengaré.

LUC. Dios eterno!

TOR. Pronto subirá al cadalso para espiar su crímen.

LUC. Es imposible que quien sienta latir un noble corazon en su pecho, abrigue tan odiosas ideas.

TOR. No me detienen vuestros denuestos.

LUC. Ni á mí me harán ceder vuestras amenazas! Ya que procedeis con vileza, sabré soportar noblemente la desgracia que lanceis sobre mí, y seré mas grande en el vencimiento que lo sereis vos en el triunfo.

TOR. Decidios, señora! Ni un dia mas espero.

LUC. Haced lo que os plazca! Serena recibiré el golpe que me aniquile.

ESCENA VII.

TORANZOS, LUCIA, ELVIRA.

ELV. Lucia! Mi hermano se impacienta con tu tardanza porque el tiempo corre veloz. (*sin reparar en Toranzos.*)

TOR. (*reconociéndola.*) (Elvira! Cielo santo! Maldecido encuentro!)

LUC. Ya ves que un hombre impide su partida.

ELV. Un hombre! Acaso... (*le mira y le reconoce.*) Dios mio! El es! Zúñiga!

LUC. Zúñiga?

ELV. El pérfido que engañó mi credulidad.
LUC. Conque vos sois?. (*á Toranzos.*)
TOR. Ignoro lo que quiere decir esa jóven; esta es la primera vez que la veo.
ELV. Malvado! Asi te niegas á reconocerme? Has olvidado tan pronto las protestas de un amor fementido, con el que alucinaste mi corazon incauto?
TOR. Dónde y cuándo he podido yo?..
ELV. En el convento de carmelitas, donde tu deuda Elena espiró en mis brazos.
TOR. Ni he estado jamás en ese convento, ni tengo ni he tenido deuda alguna.
ELV. Tu audacia me sorprende! Villano! Unes el perjurio á la impudencia?
TOR. Reportaos, señora!
LUC. Y vos os atreveis á jurar un amor eterno? Vos, que os valeis de la falsedad para sepultar á una jóven en el dolor y la ignomia! Vos quereis inspirar en otro pecho una pasion sublime!.. Miserable! Lo que únicamente podreis alcanzar de una muger, es la aversion y el desprecio!
TOR. Lucia! (*Sarmiento sale y escucha.*)
ELV. Eres un infame y un cobarde, sin corazon y sin honor! Un tigre, cuyos instintos sanguinarios espantan á la humanidad! Desconoces á la muger á quien has seducido, sin recordar que hay un lazo sagrado que te une á ella... que hay un objeto infeliz que se halla abandonado y á quien debes reconocer por hijo!

ESCENA VIII.

Los mismos, SARMIENTO.

SAR. Qué es lo que escucho? Elvira!
LUC. Esposo!..
ELV. Sarmiento!..
TOR. (Audacia, ó soy perdido!)
SAR. Es cierto lo que acabo de oir? (*á Elvira.*)
ELV. Perdon! Perdon, hermano mio!
SAR. Aparta, desgraciada! Esta nueva afrenta me estaba reservada! Y tú debias estamparla en mi nombre? Y vos, miserable, que habeis ultrajado torpemente á mi hermana, preparaos á reparar vuestro crimen, ó á darme en cambio vuestra impura sangre.
TOR. Cruzar con vos mi espada?.. Habeis podido abrigar tan absurdo pensamiento?
SAR. Qué decis?
TOR. Que mi noble espada no puede jamás cruzarse con la de un regicida.
SAR. Ah! Esa palabra causará tu muerte: porque no saldrás con vida de este sitio; yo sabré obligarte á medir conmigo tu acero, y si te niegas villanamente, como villano morirás asesinado.
TOR. Desprecio vuestro furor!
SAR. Porque eres un cobarde, y encubres tu miedo con una escusa deshonrosa.
TOR. Cuando subais al cadalso, que por vuestro crimen os espera en breve, podreis reclamar ese duelo.
SAR. Infame! Tu vida necesito! (*va á lanzarse á él.*)
LUC. Detente, Sarmiento. (*deteniéndole*)
ELV. Hermano mio, por piedad! (*id.*)
SAR. Silencio, vive el cielo! Alejaos de aqui pronto, ó temblad mi furor!
ELV. (Dios mio, protegednos!) (*vase.*)
LUC. (Perdidos somos!) (*vase.*)

ESCENA IX.

SARMIENTO, TORANZOS.

SAR. Y vos, que tan osadamente negais una reparacion á mi honra; agradeced que me hallo proscripto y desterrado; algun dia os podré buscar, y entonces os juro que me dareis estrecha cuenta de mi honor.
TOR. El hombre que lo ha mancillado ya con un crímen alevoso, no debe esperar sino el ludibrio y la muerte.
SAR. Salid, salid al punto de esta casa. Tal vez en breve me vereis en la corte.
TOR. Si, decis bien! Cuando ruede vuestra cabeza en el cadalso. (*vase.*)

ESCENA X.

SARMIENTO, *luego* GARCIA.

SAR. Oh! Dios! Cuándo se cansará vuestra cólera de abrumarme! Todos los infortunios á la vez. Deshonra y vilipendio!.. Dadme fuerzas, Señor, para sufrir!
GAR. (Qué veo? Sarmiento aqui todavia!)
SAR. Garcia!
GAR. Os creia cerca de Valladolid. Ved que perdeis un tiempo precioso para vuestra justificacion.
SAR. Una nueva desgracia que ha caido sobre mi, ha impedido mi partida; pero vuelo á la corte, porque me anima el deseo de la venganza, y mas que nunca me es necesario ahora desvanecer la calumnia que me infama, para cobrar mi honra.
GAR. No os detengais entonces.
SAR. Adios, y él quiera darme su favor. (*vase.*)

ESCENA XI.

GARCIA, *despues* TORANZOS.

GAR. Fatalidad! Creia encontrar á Toranzos, porque es fuerza que sepa la desventura que amenaza su vida, y hallo aun á Sarmiento... No puedo perder un solo instante, porque en la presteza está la salvacion. (*al salir halla á Toranzos.*)
TOR. Dónde vas, Marcos? Te vi entrar aqui cuando yo salia, y he esperado á que se alejase Sarmiento para venir á hablarte.
GAR. Yo tambien necesitaba veros.
TOR. La jóven del convento está aqui, y es la hermana de Pero.
GAR. Ferrando ha sido sorprendido, y le han arrancado la carta que llevaba á Aragon.
TOR. Ira de Dios! Es cierto?
GAR. El mismo ha venido á escape para noticiároslo.
TOR. Infame! Con su vida pagará su traicion.
GAR. Cerca de aqui os está esperando.
TOR. Y no dice quién se la ha arrebatado?
GAR. Se obstina en callarlo.
TOR. No queda mas recurso que la fuga si esa carta cae en manos de mi rival.
GAR. Apresurémonos.
TOR. Antes es fuerza que me digas si has visto en esta granja un niño.
GAR. Sí, señor; varias veces le he visto durmiendo en su cuna.
TOR. Es necesario que me apodere de él pronto, y á cualquier precio.
GAR. Pues, qué interés?..
TOR. Ese niño es mi hijo, y de la jóven del convento de Carmelitas.
GAR. Bien! Yo me encargo de robarle, y os le entregaré.
TOR. Podrás hacerlo?
GAR. Me introduciré por el huerto, que cae á espaldas de la granja, y alli cerca está la habitacion donde tienen al niño.

TOR. Pues con celeridad róbale, y vé con él á esperarme á Medina, donde me reuniré contigo esta noche.
GAR. Asi lo haré.
TOR. Presteza y sigilo.
GAR. Descuidad. Vamos. (*van á salir por el fondo.*)
TOR. Espera... (*deteniendo á García y mirando hácia dentro.*) Sarmiento vuelve apresurado.
GAR. Qué motivo le hará volver?
TOR. No podemos salir sin que nos vea.
GAR. Venid... en este cuarto. (*señalando el de la derecha.*)
TOR. Pronto. (*entran en él.*)

ESCENA XII.

TORANZOS y GARCIA, *ocultos*, SARMIENTO.

SAR. Por fin se muestra Dios bondadoso conmigo. Mi felicidad no está lejana. (*mostrando una carta.*)
GAR. Venid. (*queriendo hacer salir á Toranzos por el fondo.*)
TOR. Espera... Trae una carta en la mano.
GAR. Si será...
TOR. Escuchemos!
SAR. Lucia! Elvira! Oh! Es necesario partir sin detencion.

ESCENA XIII.

Los mismos, LUCIA, ELVIRA.

LUC. Tan pronto de vuelta! Algun nuevo infortunio?
ELV. Qué ha ocurrido?
SAR. Ya dieron fin los pesares, Lucia! La repacion de tu honor se halla próxima, querida hermana!
ELV. Será verdad?
LUC. Habla!
SAR. Puedo volver ya al lado del monarca y confundir la calumnia que me ha perdido.
ELV. Oh, Dios mio!
LUC. Y cómo?..
SAR. A corta distancia de aqui, me hallé un criado de labranza de Tovar, que me traia de su parte esta carta de Valladolid.
LUC. Y en ella?...
SAR. Oid. (*leyendo.*) «Mi amado señor; vuestras desgracias terminan hoy; esta mañana mi amigo Ferrando, escudero de un gran señor, tropezó conmigo cuando iba á partir con sigilo de esta corte; preguntéle dónde se dirigia y se negó á decírmelo: sospeché de él, como hacia tiempo sospechaba de su amo. Le llevé con engaños á una hosteria inmediata, donde embriagándole consegui me dijera que llevaba un pliego urgente á Aragon; al oir esto, me arrojé sobre él, le arrebaté el pergamino y le dejé atado; lei, y mis sospechas se realizaron; en este documento se delata el mismo regicida. Os envió este aviso para preveniros, porque el pliego á nadie quiero fiárselo, y á corto trecho del mensagero que os lleva esta mia, parto á la granja á entregaros vuestra salvacion. Vuestro mas leal servidor: Rodrigo Tovar.
LUC. Ah, Dios eterno! Yo te doy gracias!
TOR. Oyes? Corre á apoderarte del niño.
GAR. Y vos?..
TOR. Voy á esperar á Tovar.
GAR. Comprendo.
TOR. Ven. En Medina te espero. (*vase por el fondo.*)
GAR. No faltaré. (*vase por el fondo.*)

ESCENA XIV.

SARMIENTO, LUCIA, ELVIRA.

SAR. Por fin con esa carta recobraré mi puesto en la corte y el honor que ese infame me arrebató! Yo sabré obligarle á ser tu esposo, ó dejará de existir.
ELV. Si, hermano mio, véngame del traidor!
SAR. Pero ignoro su nombre.
ELV. Alfonso de Zúñiga.
SAR. Basta!.. Prevenid lo necesario para partir juntos á la corte sin demora.
LUC. Si; es fuerza que sepa pronto el soberano que jamás un Sarmiento ha sido traidor.
SAR. Yo indagaré quién ha sido el pérfido que ha hecho recaer su crimen sobre mi, y mi venganza será tan cruel como lo ha sido la ofensa.
ELV. No pienses en vengarte, hermano mio; piensa en triunfar.
SAR. Volad á prevenir la partida.
LUC. Voy al momento. Sígueme. (*á Elvira.*)
ELV. Vamos. (*van á salir y se detienen al oir la voz de Tovar.*)
TOV. (*dentro.*) Socorro!.. Socorro!.. Al asesino!
LUC. Qué voz es esa?
SAR. Es la de Tovar. Corramos. (*van al foro todos y miran adentro.*)
ELV. Es él... y está en tierra rodeado de los labradores de la granja.
SAR. Un hombre monta á caballo y parte á escape por entre los sembrados.
LUC. Aqui traen á Tovar.
SAR. Habrá muerto? Ah! Y la carta tal vez...
ELV. Otra traicion!
LUC. Aqui está. (*todos rodean á Tovar que sale sostenido por los labradores.*)

ESCENA XV.

Los mismos, TOVAR, LABRADORES.

SAR. Tovar!
TOV. Señor!.. Han querido robarme vuestro tesoro!
ELV. Sentadle. (*poniéndole una silla en el proscenio. Tovar se sienta.*)
SAR. Te han herido?
TOV. Levemente. No tengais cuidado. El infame no ha logrado su objeto. Tomad; en ese pergamino está vuestra inocencia. (*se le dá.*)
SAR. Oh, servidor leal! Por mi has espuesto tu vida. Elvira, Lucia; corred, traed con que vendarle.
LUC. Al instante. (*vase con Elvira.*)

ESCENA XVI.

SARMIENTO, TOVAR, LABRADORES.

SAR. Voy á partir á la corte, Tovar; podrás seguirnos?
TOV. Si; la herida no es cosa. Alguna sangre vertida y nada mas. Pero si no es porque acudieron á mis voces mis criados, dá fin á mis dias y me arrebata el pliego. El infame sabia, sin duda por Ferrando que logró desatarse, que yo le traia.
SAR. Tú le conoces?
TOV. Perfectamente.
SAR. Quién es?.. Cómo se llama?
TOV. Leed. Ahi está su firma.
SAR. (*leyendo.*) «Mi rey y señor, nuestro plan se ha frustrado; cuando levanté el puñal para dar muerte al rey don Juan, fui sorprendido; pero pude huir y otro es acusado del crimen. Traed vuestras huestes,

que yo haré que el rey y don Alvaro, que ahora se hallan descuidados aqui, no sospechen nada, y por sorpresa os será facil apoderaros de Valladolid. Vuestro vasallo mas leal, Diego de Toranzos.» Inicuo!
TOV. El mismo es el que me ha herido!
SAR. Pronto pagará su vileza!

ESCENA XVII.

Los mismos, LUCIA.

LUC. Sarmiento... Esposo!.. (*desolada y sin poder hablar.*)
SAR. Lucia!.. Qué agitacion?..
LUC. Es que... nuestro hijo... nuestro Enrique...
SAR. Acaba!
LUC. Nos lo han robado!
SAR. Cielos!
LUC. Ah!.. no puedo... m s... yo... muero! (*cae sin sentido en brazos de Sarmiento.*)
SAR. Señor! Señor! Tened piedad de nosotros!..
TOV. Comprendo la maldad!

ESCENA XVIII.

Los mismos, ELVIRA.

ELV. (*llorosa y desolada.*) Hermano mio! El cielo nos abruma con su terrible cólera!
SAR. Y bien! Mi hijo!..
ELV. No parece!.. Ah! Lucia! (*yendo á sostenerla.*)
SAR. Socórrela! (*Elvira, ayudada de los labradores, sientan á Lucia en una silla. Elvira la sostiene.*)
TOV. Señor, Toranzos os ha robado vuestro hijo!
ELV. Cómo!
SAR. Tú crees...
TOV. Que lo ha robado para amenazaros con darle muerte si dais al rey ese pergamino.
SAR. Oh, si; dices bien! Cobarde... Que tiemble mi furia!.. Pronto á Valladolid!
TOV. y ELV. Si, si; partamos!
SAR. Venganza!
ELV. Misericordia, Dios mio! (*alzando las manos al cielo.*)

FIN DEL PROLOGO.

ACTO PRIMERO.

Una sala en casa de Marcos Garcia, en Toledo, adornada con lujo, al gusto de la época. Puertas laterales y al fondo.

ESCENA PRIMERA.

TOVAR, UN CRIADO.

TOV. Pasad recado á vuestro amo que Rodrigo Tovar quiere hablarle.
CRIA. Está bien. (*vase.*)
TOV. Mucha agitacion he notado en las calles, y aunque ignoro la causa, como conozco mucho á mis compatricios, milagro será que antes de la noche no tengamos asonada.

ESCENA II.

TOVAR, GARCIA.

GAR. Bien venido, Tovar.
TOV. El cielo os guarde, Garcia.
GAR. Ocurre alguna novedad?
TOV. Nada mas que mi señora doña Elvira y su sobrina doña Sol, salen hoy para dar gracias al Eterno en su santo templo, por su regreso á sus hogares, y mi señor Sarmiento ha ordenado que esperen en vuestra casa á que venga á reunirse con ellas para acompañarlas á la ceremonia.
GAR. Honra es que no esperaba por cierto la de que mi humilde casa pudiera albergar, aunque cortos instantes, huéspedes tan ilustres. No recordaba, en verdad, que era este dia aniversario del rescate de vuestras señoras.
TOV. Hoy hace un año que partí á Granada á llevar á su rey Mahomad el rescate que exigió por la hermana y la hija de mi señor; me recibió bien el infiel... esos perros reciben siempre cumplidamente al que vá á darles oro. Me entregó las prendas que don Pedro lloraba perdidas hacia un año, y me cupo la fortuna de devolverlas á su patria y á los brazos del que tanto las adora.
GAR. Mi buen amigo Sarmiento ha sido siempre modelo de ternura con su familia, y una imprudencia hizo caer en manos de los árabes los dos únicos objetos de su cariño, que le consolaban de la pérdida de una esposa querida, y cuya desgracia arrancó amargas lágrimas á su corazon.
TOV. Calificais de imprudencia, lo que no fue sino desgracia. Pero Dios las ha vuelto por fin su libertad, y mi gozo seria completo si no sintiera un hondo pesar en mi pecho.
GAR. Y ese pesar, cuál es?
TOV. No haber podido hallar al infame Toranzos, al que me hirió por robarme un pergamino, hace veinte años, cerca de mi granja de Valladolid.
GAR. Y para qué queriais hallarle?
TOV. Para vengarme de su inícua traicion. Pero por desgracia, desde aquel dia nada ha vuelto á saberse de él.
GAR. Lo mas probable es, que muriese aquella noche al huir; pues cuando, por órden del rey, se le buscó por todo el reino, se hallaron junto al rio Pisuerga su capa y su espada, sin que su cadáver pareciese en ninguna parte.
TOV. A pesar de todo, yo tengo un oculto presentimiento de que aun existe, y Dios ha de hacer que yo le encuentre algun dia para arrancarle cara á cara la vida que él quiso quitarme á traicion. Ah! Si llega ese dia, yo le haré ver que Tovar no es hombre que hiere á nadie por la espalda.
GAR. Buen Tovar, debeis olvidar vuestra venganza.
TOV. Cómo quereis que olvide la villania que cometió con mi noble señor, que por su causa se vió perseguido y calumniado, y aun espuesto á perder la existencia? Nunca podrá borrarse de mi memoria proceder tan inicuo.
GAR. Pero debe consolaros, que no pudo conseguir sus intentos nefandos, y que fue vana su traicion.
TOV. Mirad, Garcia; si quereis tenerme por amigo, no me hableis de ese cobarde, ni mucho menos de ese hecho, porque se me enciende la sangre, y perderé hasta la dignidad de hombre.
GAR. Tranquilizaos; no os lo volveré á recordar.
TOV. Aqui están ya mis amas.

ESCENA III.

TOVAR, GARCIA, SOL, ELVIRA.

GAR. Señora, sed bien llegadas á una casa que enaltece vuestra presencia.
ELV. Gracias, Garcia! Una casualidad nos proporciona hoy la dicha de venir á vuestra morada.

Gar. Lo sé; Tovar me ha dicho ya que vuestro hermano piensa venir á reunirse con vos aqui; y yo celebro que me haya proporcionado esta ocasion, en que puedo felicitaros de todo corazon, por veros libres del poder musulman.
Sol. Ah! Dios de bondad!
Gar. Vuestra noble sobrina suspira al oir mis palabras! Pero si es triste recordar tan infausto acontecimiento, es mayor la alegria que se esperimenta al ver el peligro pasado.
Elv. Nunca ceso de tributar gracias al Altísimo por tan inmenso bien; en medio de mi cautividad me consolaba la lisonjera esperanza de que nunca nos abandonaria su mano protectora.
Sol. Y no lo esperabais en vano. Ya veis, hace un año que nos vemos nuevamente en nuestro pais, y al lado de mi querido padre.
Tov. Que ha trocado el dolor que le causó la nueva de vuestra desgracia, por el gozo que á todas horas inunda su faz desde nuestra vuelta.
Gar. Me estremezco al pensar que hubierais podido permanecer toda la vida entre los infieles, y morir abandonadas, lejos del suelo que os vió nacer... y lo que es mas cruel todavia, lanzar el último suspiro sin los consoladores ausilios de nuestra sacrosanta religion.
Elv. Garcia! La que, como yo, se halla acostumbrada á padecer desde la mas tierna edad, sabe sufrir con resignacion. Si Dios, en sus altos designios lo hubiese dispuesto de ese modo, me hubiera sometido bendiciéndole.
Sol. Habeis visto á Fernando? (*bajo á Tovar.*)
Tov. (*id. á Sol.*) Al venir aqui le hallé á la puerta de nuestra casa, y espera mi aviso cerca de aqui: me ha dicho que desea hablaros.
Sol. Tan pronto?
Tov. Tiene que deciros cosas muy importantes.
Sol. Haz que podamos vernos.
Tov. No es muy buena ocasion... Pero, no obstante, haré que le hableis.
Sol. Gracias, mi buen amigo.
Tov. Silencio; doña Elvira nos observa.
Gar. Podeis permanecer aqui; esta casa es vuestra; yo voy á ver si llega mi amigo Sarmiento para avisároslo.
Tov. Y yo corro al templo á que todo esté pronto para cuando vayais. (*vase con Garcia.*)

ESCENA IV.

Elvira, Sol.

Elv. Y bien, querida Sol, cuál es la causa de que tu semblante se halle nublado por la tristeza, en un dia que debia inundar tu corazon de regocijo?
Sol. Ah! No ignorais, señora, la causa de este pesar, que no me abandona un momento desde hace un año.
Elv. Todavia?
Sol. Siempre! Por qué ocultar un amor cuando es puro? Nunca podré borrar de mi pecho la imágen de aquel jóven que conocimos en Granada, y mi voluntad no es poderosa á estinguir el amor que ha hecho nacer en mi alma.
Elv. Pero no reflexionas que ese jóven es hijo de un infiel, y que tu religion te prohibe amarle?
Sol. Si la religion nos separa, el amor nos une; por él me ha seguido desde Granada corriendo mil peligros y ocultándose en Toledo bajo el nombre de Fernando, solo por verme y no separarse de mi. Cómo quereis que olvide al que me dá una prueba tal de su cariño?
Elv. Considera, hija mia, que nunca consentirá mi hermano en una union tan desigual.
Sol. Ah! Decis bien! Eso es lo que me sume en el dolor! Mil veces he querido confiarle mi inocente pasion, y otras tantas ha helado el temor los acentos en mis labios.
Elv. Y si no podeis uniros, qué esperas de ese amor?
Sol. Nada mas que pesares! Es cierto! Preveo que el porvenir me guarda hondos dolores!
Elv. Consuélate, Sol. Eres muy niña aun para perder asi la esperanza. Mi debilidad es la causa de tu tormento. Yo sorprendi en Granada tu secreto, y temerosa de que cualquier emocion violenta te costase la vida, porque aun estabas convaleciente de tu peligrosa enfermedad, dejé insensatamente que esos amores tomasen incremento.
Sol. Yo bendigo mil veces mi enfermedad, pues á ella debo el inapreciable placer de haber conocido una madre amorosa, y disfrutar de sus caricias, de las que me creia privada para siempre.
Elv. Pero tambien al descubrirte ese secreto, te privé de un padre.
Sol. En el nombre no mas, porque en el cariño, qué padre me lo pudiera manifestar mejor que Sarmiento?
Elv. Ten presente, hija mia, que para todo el mundo, mi hermano debe ser tu padre, ya que su amor hácia mi le ha impuesto ese carácter; porque si llegára á divulgarse que yo te he dado el ser, la deshonra estamparia en mi frente un sello ignominioso!
Sol. Nada temais, madre querida! Nunca mis labios revelarán este secreto; nunca por vuestra hija llegará á infamaros la maledicencia!
Elv. Si, si, lo creo; estoy tranquila, y doy gracias á Dios que me ha dado en ti un angel que calma mis pesares, y dá consuelo á mi angustiado corazon!
Sol. Ah, madre mia. (*abrazándola.*)
Elv. Hija de mis entrañas! Ven, sigueme; mi hermano no debe tardar, y voy á preguntar á Garcia si podré ver en tanto á su esposa.
Sol. Dejadme aqui unos momentos; bien sabeis que me agrada la soledad, y en ella encuentro algun alivio. Cuando háyamos de partir al templo, me avisareis.
Elv. Quédate; pues asi lo deseas; hasta luego, hija mia. (*vase por el fondo.*)

ESCENA V

Sol.

Oh, Dios mio! Cuán grande es el infortunio con que me abruma vuestra diestra omnipotente! Me habeis dado una madre cariñosa, y me obligais á ocultar esta dicha en el fondo de mi corazon, como si fuera un crimen! Me haceis llamar padre á quien no lo es, y me privais de conocer al mio! Tengo un amante que pudiera darme la felicidad en el mundo, y habeis dispuesto que nazca en distinta religion á la vuestra, para que no pueda jamás llamarme suya! Ah, señor! Mostraos conmigo piadoso, y haced que pueda verme venturosa algun dia!

ESCENA VI.

Sol, Fernando.

Fer. Sol!
Sol. Fernando mio!
Fer. Introducido por Tovar en esa antecámara próxima, he aprovechado la salida de tu deuda Elvira, para penetrar á hablarte, porque ya te habrá dicho Tovar, que es indispensable que me escuches hoy.

Sol. Si, me lo ha dicho, y lo esperaba inquieta.

Fer. Cuatro dias mortales hace hoy que no me es dado contemplar el cielo de tu rostro, ni estasiarme con el fuego abrasador de tus miradas! Ah! Tú eres una hurí que haces el encanto de mi vida, y con cuyo aliento se embalsama mi ser. Sin tu vista, gacela mia, la tristeza y el desconsuelo mas profundo se difunden en mi alma; y al verte, siento que vuelve á mi la vida, y el sol de la felicidad con sus esplendorosos rayos derrama la alegria en mi espíritu, y juzgo que alejado por un vuelo rápido de esta tierra de dolor y pesares, me hallo morando en el Eden entre los elegidos de Dios!

Sol. Bien mio! A tus acentos se estremece mi corazon del placer mas puro, y tu amor es para mi el mundo entero; sin él ya hubiese terminado mi vida, porque es la sola felicidad que me embriaga y enloquece!.... Siento en mi, al escucharte, una nueva existencia, y lo mismo que el rocio de la mañana vuelve á la flor su lozanía, asi tus apasionadas espresiones vivifican mi aliento!

Fer. Qué mayor gloria, sultana mia, que gozar hasta nuestro postrer momento las delicias que proporciona una pasion tan casta como el aroma de la rosa?

Sol. Si; dices bien! Por eso siento en mi interior una voz poderosa que me anuncia, que te amaré hasta que cubra mi cuerpo la losa sepulcral!

Fer. Yo no te olvidaré ni aun despues de morir, porque en otro mundo mejor me gozaré en consagrarte una pasion eterna!

Sol. Oyéndote, Fernando, olvido que el tiempo corre velozmente y que debias hablarme de un asunto de importancia.

Fer. Tienes razon, hermosa! Estasiado en contemplar tus gracias seductoras, se aleja de mi toda idea que no sea la de adorarte!

Sol. Y bien, qué tienes que decirme?

Fer. Ya sabes que por seguir tus pasos, abandoné gustoso mi patria, mis padres y mi Dios, y que hace un año estoy en Toledo viviendo pobre y desconocido en la morada de un artesano, amigo y pariente de Tovar, por cuya recomendacion me hace pasar aquel por su criado, bajo el nombre de Fernando, ocultando el de Hiessem que es el mio.

Sol. Ah, Fernando, ese nombre es el único obstáculo que se opone á nuestra ventura.

Fer. Pronto no se opondrá, porque ha llegado al fin el dia de la decision. Recordarás, amada Sol, que vivia en Granada un cristiano, protegido por el rey Mahomad el izquierdo, y que este habia hecho la fortuna de mi padre, que pobre y desconocido, llegó por su mediacion á servir de cerca al monarca; no ignorarás que este cristiano ejerce tal influjo sobre mi padre, que le debo tanta obediencia como al hombre que me ha dado el ser.

Sol. Si, lo recuerdo. Una sola vez me lo mostraste en los jardines de la Alhambra, el dia que nos sorprendió en un coloquio de amor, y te confieso que su rostro me causó una impresion desagradable.

Fer. Pues bien, ese hombre está en Toledo.

Sol. Es posible?

Fer. Esta mañana le he reconocido en la calle, cuando iba al pie de tus balcones, por si podia verte un instante, y he tenido la suerte de que él no me viese.

Sol. Y tú sospechas?..

Fer. Que viene en busca mia, por órden de mi padre, para llevarme á Granada; y bien sabes, bien mio, que seria quitarme la vida separarme de ti.

Sol. Yo tambien moriria de dolor al separarnos.

Fer. Para evitarlo, he pensado abrazar la religion que tú profesas; tu Dios será desde hoy el mio. Me presentaré á tu padre y le declararé mi pasion; le pediré un plazo en el cual pueda hacerme digno de ti, sirviendo al rey cristiano en la guerra que vá á emprender contra Aragon, y yo te juro, que lograré, inspirado por tus encantos, alcanzar el nombre que me falta para merecerte.

Sol. Ah, Fernando, reconozco en tu resolucion el amor acendrado que te inspiro! Lo apruebo con el alma, y confio en que Dios nos conducirá por la senda de la virtud á la eterna felicidad!

ESCENA VII.

Sol, Fernando, Tovar.

Tov. Todavia juntos!

Sol. Tovar!

Fer. Amigo mio!

Tov. Bien me lo sospechaba, porque sé que la imprudencia es el distintivo de los amantes!

Sol. Pues qué, acaso mi padre?..

Tov. Viene ya, y va á subir al punto para conduciros al templo. Pero, ya se vé, hablando de amor, no se acuerda uno de que le esperan.

Sol. Son tan cortos los instantes que nos podemos ver!

Tov. Ya! Y por eso os esponeis á ser sorprendidos? Afortunadamente estoy yo aqui, que velo por vuestra seguridad.

Fer. No sé cómo agradeceros vuestros cuidados, y todo lo que os debo desde que me hallo en esta ciudad.

Tov. Nada me agradezcais; yo lo hago solo por la hermana de mi señor, á quien estimo y respeto, que me encargó os protegiese y ocultase vuestro origen mahometano, que en esta tierra os hubiese espuesto á mil peligros.

Sol. Mi buen Tovar!

Tov. Y tambien por vos, doña Sol, á quien quiero con toda mi alma, y por quien derramaria gustoso hasta la última gota de mi sangre. Por vos únicamente he consentido en apadrinar amores, porque he conocido que el vuestro es puro, como el alma que abrigais, y os proporciono las ocasiones de ver á vuestro amante; y sobre todo, porque soy buen cristiano, y creo ganar mucho con Dios, si ayudando á vuestra pasion, consigo que un alma creyente se convierta á la religion cristiana.

Sol. Pues ya has logrado tu deseo, porque Fernando acaba de decirme que se halla resuelto á adorar al Dios único en sus sacrosantos altares.

Fer. Y qué no haré yo por la que idolatro?

Tov. No en vano lo esperaba yo! Doña Sol, habeis hecho un milagro, y Dios os debe recompensar por él! Pero ya perdemos tiempo... Salid! (*á Fernando.*)

Fer. Adios, hermosa mia!

Sol. El te inspire, Fernando!

Tov. Vamos pronto!.. (*mirando por el fondo.*) Ya es tarde... Mi señor se acerca y no podeis salir sin que os vea. Ocultaos en ese cuarto. (*le empuja á la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

Sol, Tovar, Fernando, *oculto;* Sarmiento, Garcia, Elvira.

Gar. Aqui la teneis, Sarmiento. Siempre amante de la soledad.

Elv. Sol, ya es hora de partir al templo.

TOV. Y ya os esperan en él para empezar la ceremonia que habeis dispuesto para solemnizar un dia tan fausto.

SAR. Si, fausto para todos... Y estraño que mi querida Sol se halle tan triste en un dia que nos recuerda la patente misericordia de Dios, que la libró de dos inminentes peligros, el primero de la muerte en una cruel enfermedad, en la que se hallaba espirando, y el segundo del cautiverio y la deshonra.

SOL. Si algun disgusto se nota hoy en mi rostro, es el recordar que soy la involuntaria causa de los pesares que habeis sufrido un año entero. Cuando me hallaba próxima á entregar el alma al Señor, mi buena tia hizo voto, si me salvaba, de llevarme en santa peregrinacion al templo del Apostol, y este viage fue el origen de nuestro infortunio, pues terminada nuestra mision, al tornar á nuestros hogares, caimos en una emboscada de infieles, los que nos condujeron cautivas ante el rey de Granada.

GAR. Pero por fin os hallais salvas en vuestros hogares, sin haber sufrido menoscabo alguno vuestro honor.

SAR. Si, Garcia! Por fin Dios se ha apiadado de mi, conservándome una hija querida, cuya pérdida me hubiese hecho morir de dolor, porque ya hace veinte años que lloro la de un hijo, que era mi ídolo, y que me fue robado vilmente, sin que haya podido averiguar quién me le arrebató; su triste madre murió de pesar á los pocos dias de su desaparicion, y nada he sabido de la infeliz criatura; ignoro si vive en la desgracia, ó murió víctima de un crímen.

TOV. Eso es lo que yo juzgo mas cierto; me atrevo á apostar la cabeza, á que el infante Toranzos se lo llevó en rehenes de aquel pergamino.

GAR. (Siempre lo mismo!)

SAR. No, Tovar; si asi lo hubiera hecho, se me hubiese presentado en Valladolid para impedir que entregase al rey la declaracion de su delito, firmada por su mano.

TOV. Quizá llegaria tarde, pues no bien entramos en la corte, os presentásteis á don Juan con la prueba de vuestra inocencia.

SAR. Grande fue la alegria del Soberano, cuando al leer el pliego, vió en él la infame maquinacion que me habia hecho aparecer culpable.

ELV. El monarca apreció siempre en mucho á nuestra familia, y bien viste que se apresuró á hacer pública tu inocencia aquel mismo dia, con la mayor solemnidad, y te devolvió su aprecio y su cariño.

TOV. Y dió órden de buscar á Toranzos por todo el reino, y llevarle á su presencia muerto ó vivo. No fui yo de los que menos corrieron en su busca, pero sin duda le protegió el demonio, porque no pudo habérsele en ninguna parte.

SAR. Sin duda con su vida espió su crimen. Yo quise retirarme á Toledo, pero don Juan no permitió que abandonase la corte, y cuatro años me llevó á su lado y me colmó de bondades, hasta que al fin vencido por mis ruegos, me dejó regresar á mi patria.

TOV. Pues bien, señor; volviendo á mi tema; como el pícaro de don Diego llegaria tarde para amenazaros con la muerte de vuestro hijo, huiria para ocultar su afrenta, y vengaria su impotente rabia asesinando un inocente.

ELV. Qué horrorosa idea!

SOL. Tovar, teneis pensamientos que hacen estremecer!

GAR. Sin duda delira.

SAR. No; mas bien su encono contra Toranzos le hace creer en él un crímen tan atroz. Mi pobre hijo no existe, y es en vano que busquemos la causa de su desgracia; el llanto solo de su padre será el que nunca tendrá fin.

TOV. Decis bien! Tanto aborrezco al infame, que no le pido á Dios otra cosa, sino que viva y le ponga á mi paso para poder vengarme.

SAR. Basta ya, Tovar. Debemos olvidar para siempre tan tristes recuerdos. Si ha muerto el causador de mis desgracias, y mi perdon puede servirle de reposo en la otra vida, yo se lo otorgo cumplido.

SOL. Cuán noble y generoso sois, padre mio!

SAR. Voy á acompañaros al templo para dar gracias al Señor porque me ha conservado esta joya inestimable. (*abrazando á Sol.*)

ELV. Aguardamos tus órdenes.

SAR. Garcia, esperadme aqui cortos momentos. Tengo que hablaros de la causa de esa agitacion que se nota hoy en el pueblo, por cuyo reposo debo velar como alcalde y única autoridad.

GAR. Esperaré.

SAR. Seguidme.

ELV. Vamos.

SOL. (Dios mio! Cómo podrá salir Fernando?)

TOV. (Dios me dé fuerzas para olvidar al vil Toranzos!) (*vanse todos menos Garcia.*)

ESCENA IX.

GARCIA, FERNANDO.

GAR. Tiemblo cada vez que oigo hablar de los sucesos de hace veinte años, en los que estuve á pique de perderme por ausiliar á don Diego! Aun cuando debo hallarme tranquilo, porque supe alejar con maña toda sospecha que pudiese darme á conocer como cómplice, porque asi que entregué el niño á Toranzos en Medina, parti con velocidad á Valladolid, donde Sarmiento no pudo echarme de menos, y aun cuando ha muerto el que pudiera denunciarme, no sé que secreto terror me hace palidecer involuntariamente, cuando oigo recordar lo pasado á Sarmiento, que no deja trascurrir un dia sin hablar del rapto de su hijo, que yo arrebaté aquel en que cayó en sus manos la carta que iba dirigida al rey aragonés: si; no tengo duda en que aquel niño que creyó Toranzos era su hijo, es el que llora perdido Sarmiento, y cuya suerte ignoro. (*Fernando sale de la puerta de la derecha y vá poco á poco á salir por la del fondo.*) Siempre temo que algun incidente imprevisto me delate y pierda mi porvenir... Pero que ruido es ese? Quién vá? (*se vuelve y vé á Fernando.*) Quién sois?.. Qué quereis?

FER. Perdonad... soy un criado de Martin Tovar, deudo de Rodrigo, que me envia en su busca; y habiéndome indicado que se hallaba aqui, venia...

GAR. Acaba de salir con sus señores, y si os urge verle, en la catedral, que está cerca, le encontrareis.

FER. Gracias... El cielo os guarde. (*vá á salir y se halla con Sarmiento.*)

SAR. Garcia!.. (*saliendo sin ver á Fernando.*)

FER. Disimulad, señor. (*á Sarmiento que le mira al marcharse.*)

ESCENA X.

GARCIA, SARMIENTO.

SAR. Quién es ese jóven?

GAR. No le conozco. Venia, segun dijo, en busca de Tovar, de parte de un pariente. Mas cómo abandonais tan pronto la ceremonia religiosa?

SAR. Apenas he dejado en el templo á mi hija y á mi

hermana, me he apresurado á venir á hablar con vos, para daros conocimiento de lo que pasa.

Gar. Ya estoy impaciente por saberlo, pues segun vuestro misterio, debe ser asunto de gravedad.

Sar. No habeis notado una estraordinaria agitacion en los ánimos?

Gar. Algo he notado en efecto, y me ha sorprendido.

Sar. Escuchad. Esta mañana, cuando iba á salir á la iglesia, se presentó en mi casa Alonso Coto, solicitando hablarme con reserva de un asunto urgente. Esa fue la causa de que ordenase á Sol y á Elvira que saliesen y me esperasen aqui, para ir á la ceremonia.

Gar. Y qué era lo que Coto queria?

Sar. Me presentó una cédula, firmada por don Alvaro de Luna, en la cual manda, desde Ocaña, donde está á la sazon, que Coto cobre en Toledo un cuento de maravedis por via de empréstito, repartido entre los vecinos, pues tiene gran falta de dinero, ahora que necesita apercibir lo necesario para la guerra que ha decidido emprender contra Aragon. Esta noticia, divulgada en el pueblo, ha esparcido la indignacion y la alarma, porque nunca ha pagado Toledo pechos tan escesivos y fuera de la ley. He querido comunicároslo, como teniente alcalde, para que juntos resolvamos lo que deba hacerse en tan apurada situacion.

Gar. Y qué habeis contestado al mensagero?

Sar. La ira asomó á mi rostro al leer la cédula de don Alvaro, y he prohibido que dé paso ninguno para cobrar la cantidad que exige, hasta que reciba mañana mi contestacion, y le comunique lo que haya resuelto la ciudad en asunto tan árduo.

Gar. Habeis hecho bien... y mi parecer es que debemos reunir el concejo en esta misma noche, y someter á su decision la respuesta.

Sar. Tal es mi dictámen, Garcia. Cuando se juega el honor y la dignidad de la patria, debe arriesgarse todo antes de mancillar tan sagrados objetos con una indigna debilidad!

ESCENA XI.

Garcia, Sarmiento, Tovar.

Tov. Señor?

Sar. Qué traes?.. Vienes alterado?

Tov. El tumulto crece por momentos; el pueblo corre en todas direcciones; formánse corrillos, que se hablan con misterio y con la mas grande agitacion. En todos los semblantes se pinta la ira, y todo anuncia una tormenta próxima y espantosa.

Gar. La noticia se habrá estendido.

Sar. Y qué has averiguado?

Tov. Segun he podido comprender, se trata de cobrar un impuesto injusto en esta ciudad, que por sus fueros se ha hallado siempre libre de tan arbitrarias exacciones; se dice que Alonso Coto ha prometido recaudarlo mañana mismo, para servir fielmente al favorito, aun cuando se opongan la ciudad y el concejo.

Gar. Qué audacia!

Sar. Prosigue.

Tov. Esta nueva la han esparcido por todas partes, y exaltan los ánimos impulsándolos á la resistencia, entusiasmando al pueblo, con noble patriotismo, los canónigos Juan Alonso y Pedro Galvez... y muchos grupos piden que se prenda al momento á Coto, porque trata alevosamente de hollar las franquicias y antiguos privilegios sagrados que disfruta Toledo.

Sar. Ya lo ois, Garcia. El pueblo se decide á resistir esa órden, y la justicia está de su parte. Qué os parece que debemos hacer en este caso?

Gar. Señor, vuestras luces en estas materias llevan la primacia, y me honrais en estremo. Segun mi humilde parecer, debemos hablar á Galvez y Alonso, y obrando de acuerdo con ellos, negar el pago de ese impuesto.

Sar. Decis bien, y apruebo vuestra resolucion. Además, esta noche pienso reunir el concejo, y proponerle enviar al rey una súplica, pidiéndole como de justicia derogue la tiránica órden de su favorito; y en tanto que recibimos la real resolucion, me opondré con todas mis fuerzas á que se cobre un ducado de los habitantes de Toledo.

Gar. Si, Sarmiento; la resistencia es un deber.

Sar. Voy sin perder instante á ver esos clérigos entusiastas que animan á los ciudadanos, y á impedir que se cometan escesos que á nada conducen, y que mancharian la santidad de nuestra causa. (*vase.*)

Tov. Si por cierto; pero debemos enseñar á don Alvaro, que en Toledo no se dobla tan facilmente la cerviz ante la tirania. (*vase.*)

ESCENA XII.

Garcia, *luego* Toranzos.

Gar. Comprometida es la posicion de la ciudad, y temo un conflicto grave. Si don Alvaro hace que el rey apruebe esa órden, valiéndose de la autoridad que ejerce sobre él, y este se dirige aqui á cobrar el impuesto, es inevitable una lucha sangrienta. (*se oye un tumulto y voces del pueblo que se acerca.*) La agitacion parece que va en aumento. (*se dirige á mirar por la ventana.*) Qué veo!.. Un hombre que parece fugitivo, entra en esta casa apresurado... Quién será? No he podido verle el semblante... Será tal vez Coto, que perseguido por el furor del pueblo, venga á buscar un asilo?

Tor. (*saliendo.*) (Al fin llegué!) Marcos Garcia?

Gar. Dios eterno! (*volviéndose y reconociendo á Toranzos con el mayor asombro.*) Toranzos!.. Es una sombra ó me engañan mis ojos?

Tor. Ni uno ni otro, mi buen Garcia; soy el mismo Toranzos á quien serviste en sus negocios hace veinte años, y que desde entonces ha estado ausente de Castilla.

Gar. Será posible! Pero cómo os hallais en Toledo?... De dónde venis?..

Tor. Vengo de Granada y he llegado aqui anoche. Pregunté si estabas en la ciudad; me indicaron tu casa, y me dirigí á ella, cuando un tumulto inesperado me hizo dar algun rodeo, y en esta calle me ha sorprendido nuevamente, haciéndome entrar apresurado, temeroso de que pudiera alguno conocerme, pues aun cuando nunca estuve en Toledo, y hace ya tantos años que falto de Castilla, la esperiencia me ha hecho ser precavido, y recelo me venda hasta mi sombra. Y bien! Parece que te ha dejado mi presencia confuso y petrificado! Vengo á hablar largamente contigo! Vuelve en ti, y desecha ese asombro que se trasluce en tu fisonomia.

Gar. No puedo menos de confesar que vuestra repentina aparicion, me ha sorprendido terriblemente... y no lo estrañareis cuando sepais que en Castilla se os cree muerto, desde el dia en que Sarmiento recobró su antiguo favor con el monarca, pues cuando por órden de este se os buscó por todas partes, hallaron junto al rio vuestra capa y vuestra espada.

Tor. Al atravesarle aquella noche á nado, dejé esas

prendas á la orilla, para que se creyese en mi muerte y nadie me molestase en la fuga. He aqui por qué no me sorprende el oirte decir que me juzgabas ya difunto.

GAR. (Dios mio! Mis presentimientos se han realizado!)

TOR. Todavia ese aire de susto?

GAR. Disimulad... Es natural, despues de ignorar vuestro paradero tantos años. Y cuál ha sido vuestra suerte en ausencia tan prolongada de vuestro patrio suelo?

TOR. Hui presuroso á Granada, y en ella, gracias á mi habilidad y destreza, supe adquirirme en poco tiempo la amistad y la confianza del rey Mahomad; le he servido con celo y prontitud en sus tratados de paz con Aragon y Navarra, y él, en cambio, ha compensado mis servicios con cuantiosas riquezas.

GAR. Pero habreis conservado vuestra fé?

TOR. No soy escrupuloso para nada en el mundo, pero jamás abjuré mi religion. He vivido cristiano en Granada hasta ahora, y tan bien me hallaba en aquel hospitalario pais, que habia resuelto no abandonarle nunca; y lo hubiese hecho asi, á no ser porque un acontecimiento imprevisto me ha obligado á volver á Castilla repentinamente.

GAR. Y cuál, don Diego?

TOR. Cierto joven árabe, hijo de un pleveyo, protegido mio y del rey de Granada, se fugó hace un año de la casa paterna, robando con su ausencia la alegria y la paz á su anciano padre. En vano fueron nuestras indagaciones para encontrarle; hasta que al fin supimos por un judio de esta ciudad, que cayó prisionero en una emboscada, que el joven estaba aqui oculto bajo un nombre cristiano, y vengo en su busca para hacerle volver á su patria.

GAR. Y cómo os atreveis á pisar un suelo donde os hallais proscripto, y donde reina aun el mismo don Juan segundo, á quien quisisteis asesinar, y que aun no ha olvidado vuestro crimen?

TOR. Me ha sido forzoso, te repito. El rey Mahomad el izquierdo, mi amigo y protector, ha sido destronado por su sobrino Mahomad, que estaba en Almeria, y que unido con varios nobles árabes, se apoderó por sorpresa de la Alhambra, y puso en prisiones á su tio. La caida inesperada de mi protector, me ha hecho abandonar el reino de Granada. Proscripto de nuevo de mi segunda patria, me dirigí á Castilla desesperado, a buscar ese jóven que puede ser mi salvacion. Pero no me juzgues tan insensato que al verme obligado á pisar este suelo, no haya tomado antes precauciones que me pongan á salvo de toda persecucion, y que puedan tal vez volverme mi mancillada reputacion.

GAR. Qué decis! Pensais acaso?..

TOR. Has olvidado ya, por ventura, mis antiguos ardides y mi sutileza para los trances apurados?

GAR. Pero de qué modo pensais recobrar lo que perdisteis hace tantos años?

TOR. Tengo un proyecto seguro, que surtirá un efecto mágico, y para la ejecucion del cual he contado con un apoyo que no te negarás á prestarme.

GAR. Habeis creido?..

TOR. Que me secundarás ahora en mi obra, como lo hiciste en otra ocasion. Por eso, al saber anoche que Sarmiento es alcalde de Toledo, pregunté al instante por ti, porque juzgué acertadamente que no le habrias abandonado... y, como ves, acerté en mi suposicion.

GAR. Pero no espereis de mi nada, ni conteis con que os dé en adelante el menor ausilio, sean cuáles fueren vuestros intentos. Bastante espuse mi existencia por vuestra causa, en tiempos ya remotos, por fortuna, y que quiero olvidar por completo. No me es posible ahora arriesgar la posicion que ocupo, y el sosiego que á fuerza de perseverancia he logrado conseguir. Tengo una esposa á quien debo un apoyo; mi existencia la pertenece, y no puedo esponerla de ese modo.

TOR. Conque es decir que me niegas tu ausilio?

GAR. Os le niego, Toranzos, y me debeis agradecer que no os entregue á la justa venganza del soberano.

TOR. Amenazas tambien! Garcia!.. estas ofuscado... Tengo inmensas riquezas que prometo dividir contigo, si me prestas tu ayuda.

GAR. No lograreis seducirme con ellas.

TOR. Reflexiónalo bien!

GAR. Tambien en otro tiempo el brillo de una corona me indujo á ser cómplice de vuestras maquinaciones, y por poco rueda mi cabeza en el cadalso.

TOR. Las cosas esta vez se manejarán con mas pulso y mejor acierto.

GAR. Os repito que no.

TOR. Yo sé que á pesar de esa obstinacion, consentirás en obedecerme. Dime, dónde podremos vernos despues de ocultarse el sol?

GAR. Dejadme... dejadme, y no me tenteis mas!

TOR. Dónde podremos vernos? (*con calma.*)

GAR. Ya es demasiado! Salid de mi casa, ó llamo y os entrego á la justicia.

TOR. Oh! no lo harás, porque tambien tú te perderás conmigo.

GAR. Ah!.. Vive Dios!.. (*confundido.*)

TOR. Parece que ya cede un poco tu cólera! Calma, mi buen Garcia. Es forzoso que hablemos esta noche despacio. Si despues de escuchar mi plan rehusas ayudarme, quedas en libertad de obrar conmigo como mejor te plazca.

GAR. (Ah! Qué idea!..) Pues bien; consiento en escucharos.

TOR. Dónde?

GAR. (Alli podré... si, si.) Cuando la noche tienda su manto, ireis á buscarme... (*es interrumpido por un repentino tumulto que se oye por el fondo.*)

VOCES. (*dentro.*) Aqui!.. Aqui!.. La ha salvado!

TOR. Qué es eso? Esas voces!.. (*se llegan ambos á mirar por el fondo.*)

GAR. Gente sube en tropel á esta estancia! Ah! Que no os vean!

TOR. Ocúltame.

GAR. Entrad en esa habitacion! (*le hace entrar por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XIII.

GARCIA, FERNANDO, *que saca en brazos á* SOL; *criados de Garcia, gente del pueblo.*

CRIA. Por aqui!

FER. Socorredla, caballero! (*á Garcia, que al verá Sol acerca presuroso una silla y la sienta.*) Yo la he salvado de morir.

GAR. Cielos! Doña Sol!.. Qué accidente?..

FER. Al salir del templo fué arrollada por una turba del pueblo furioso, y hubiera perecido ahogada entre la multitud, si mi brazo no hubiese abierto ancha calle por los grupos. Cuando llegué en su ausilio, cayó desmayada, y la tomé en mis brazos, dirigiéndome aqui por ser la casa mas próxima.

GAR. Y doña Elvira que la acompañaba?

FER. Tambien la vi pugnando con el gentio, pero me ha sido imposible salvarla.

ESCENA XIV.

Los mismos, Tovar.

Tov. Doña Sol?.. Ah! por fin se halla en salvo.
Fer. Vedla, Tovar.
Tov. Vos habeis espuesto vuestra vida por conservar la suya!.. Gracias, mancebo, gracias!
Fer. Me considero feliz en haberlo hecho asi.
Gar. Qué desgracia tan imprevista!
Tov. Pero aun no ha vuelto en sí... Pronto, socorredla! (*á los criados.*) Qué haceis ahi parados? Buscad un doctor... Traed esencias! (*los criados se van unos por el foro izquierda, otros por el de la derecha.*)

ESCENA XV.

Los mismos, Sarmiento.

Sar. Mi hija! Hija del alma! (*corriendo á Sol y abrazándola.*)
Tov. Tranquilizaos, se salvó.
Gar. Nada debeis temer por ella.
Sar. Me informaron del suceso; corrí á la catedral, y solo hallé á mi hermana en la mayor desesperacion, pidiendo á gritos á mi hija... Dijéronme que un jóven con la mayor intrepidez, y esponiendo su vida, la habia librado del peligro y la habia conducido á esta casa... Quién es el noble jóven que me vuelve la prenda que tanto adoro?
Tov. Vedle, señor! (*señalando á Fernando.*)
Sar. Sois vos! Ah! bendito seais por el bien que me haceis! Mucho os debo este dia!
Fer. No me debeis nada, caballero. Cuando peligra la existencia de una muger, el hombre bien nacido debe salvarla.
Gar. Ya vuelve en si!
Sar. Hija mia!
Sol. (*volviendo poco á poco, mirando á todos lados.*) Qué es esto?.. Dónde estoy?.. (*viendo á Sarmiento.*) Ah! Padre mio!
Sar. El cielo te ha librado nuevamente!
Gar. Doña Sol, recibid mi enhorabuena!
Sol. Gracias, Garcia!
Tov. Otro milagro!
Sol. Mi buen Tovar!..
Sar. Mira tu salvador! (*mostrándola á Fernando.*)
Fer. Señora!.. (*saludando.*)
Sol. (Mi Fernando!)
Sar. Mancebo, cuanto poseo es poco para pagaros vuestra accion generosa!.. Todo es vuestro desde hoy; mi casa y mi fortuna!
Fer. Señor!..
Sar. Decidme vuestro nombre, para recordarle siempre y bendecirle.
Fer. Mi nombre? Me permitireis que lo oculte, porque no me agradezcais haber cumplido con el deber de un caballero. (*vase.*)
Sar. Oh, noble jóven!
Sol. (Cuánto es su amor!)
Sar. Sigueme, Sol; mi hermana estará sin consuelo hasta verte en sus brazos. (*presentándola el brazo.*)
Sol. Ya os sigo. (*levantándose y apoyándose en él.*)
Tov. Si, si, partamos.
Gar. Guárdeos Dios! (*acompañándolos hasta la puerta. Salen todos seguidos del pueblo.*)

ESCENA XVI.

Garcia, Toranzos.

Tor. Detente! (*saliendo y deteniendo á Garcia que iba á salir tambien.*)
Gar. (Ah! Me olvidaba!)
Tor. Necesito que sigas al jóven que ha salvado á esa niña, y no le pierdas de vista un solo instante.
Gar. Cómo!.. Pues qué interés?..
Tor. Hasta la noche! (*vase; Garcia queda sorprendido mirándole salir.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin en casa de Sarmiento. Tapia en el fondo con una verja grande en el centro. En la izquierda la fachada de la casa: cerca de ella y en el proscenio, un árbol grande, á cuyo pie hay un banco. En la derecha varios árboles y rosales. Está oscureciendo.

ESCENA PRIMERA.

Garcia.

Aun no vuelvo de mi asombro! Parece que el averno ha arrojado de sus entrañas ese hombre maldito, á quien creia muerto hace veinte años, para atormentarme y destruir la tranquilidad de que disfruto ya tanto tiempo! No sé que partido tomar... Debo entregarle á la ley por regicida, ú obligarle por el temor á que se aleje otra vez de Castilla? Este último medio seria el mejor; pero Toranzos es tenaz, y cuando se ha arriesgado á venir, habrá tomado bien sus medidas, y solo cederá ante un riesgo real y próximo! No; es mejor seguir mi primer pensamiento... entregarle al alcalde para que el rey vengue su injuria. Por eso accedí á tener con él una entrevista, y le he citado aqui, á las ocho, en el jardin de Sarmiento, porque podré con mas facilidad dar una voz pidiendo auxilio y hacerle prender. Y si, como me ha dicho, me denuncia como cómplice suyo? Pero su palabra sola no es bastante, y mi negativa me salvará en todo caso! Si, estoy resuelto. Esta noche quedará en poder de la justicia, y yo podré vivir tranquilo como hasta aqui.

ESCENA II.

Garcia, Sol, Elvira.

Elv. Aqui respirarás con mas libertad, querida Sol, y lograrás que se disipe completamente el terror que aun te acosa, al recordar el peligro de que te has salvado esta mañana.
Sol. Decis bien! (*se sientan ambas en el banco.*)
Gar. (Gente aqui! Ah!) (*reparando en ellas y saludándolas.*) Señoras?
Elv. Garcia?
Gar. Vengo en busca de vuestro hermano. Pero permitid que antes pregunte á doña Sol si se siente mas aliviada.
Sol. Me hallo ya buena... Gracias por vuestra atencion.
Gar. Es un deber que me llena de gozo cumplirlo. Parece que el cielo espone á cada instante vuestra preciosa vida, para que sea mayor el regocijo de los que os aman, al veros libre del peligro, á la manera que es mas grata la luz del sol despues de pasada la tempestad.
Sol. Dios protege mi vida, porque me condena á sufrir en la tierra!
Elv. No bableis asi, Sol mia, porque oprime mi corazon tu acento! No sabes cuánta fué mi amargura al perderte entre la multitud, juzgándote víctima de la furia del pueblo amotinado, ni cuánta mi alegria al verte libre!

Sol. Ya sé, señora, cuánto es vuestro cariño hácia mi, y os lo pago con otro igual, pues solo por vos amo esta triste vida!

Gar. Los ímpetus de un pueblo son temibles! Y no sé dónde podrá llegar su ira, si la vejacion que se trata de hacerle, llega á verificarse.

Sol. Me estremecen esos tumultos, y en este dia mi corazon preságia nuevos males.

Elv. Sosiégate; nada debes temer. Aqui estas al abrigo de todo riesgo.

Sol. Y no puede ese pueblo atentar á la vida de un padre, á quien adoro? Ah! si sucumbiera en este alzamiento, seria un golpe mortal para mí!

Elv. Pero eso no es posible!

Gar. No sabeis, segun eso, cuanto es el prestigio que disfruta en Toledo vuestro noble padre, ni cuánto le idolatran sus conciudadanos; todos por él se dejarian llevar á la muerte gustosos, y á una sola voz suya obedecen con sumision.

Sol. Garcia... es eso cierto?

Gar. No lo dudeis.

Sol. Vuestras palabras tranquilizan mi espíritu, mas no del todo. Aun preveo otro riesgo mayor para mi padre en tan angustiosa situacion.

Elv. Y cuál?

Sol. Si se pone en abierta rebelion con el soberano, negándose á dar cumplimiento á la cédula de don Alvaro, no podria su alteza indignado castigar con la muerte su oposicion?

Elv. Qué ideas tan siniestras!

Gar. Tranquilizaos. El rey no podrá entrar en Toledo por la fuerza de las armas, porque aun hay dentro de sus muros valientes que lo sabrian impedir; y de otra suerte nunca se atreveria don Juan á tocar ni un solo cabello del hombre que es el ídolo de su patria.

Elv. Ademas, Sol, su resistencia no es al monarca, sino al favorito que hace tiempo odia el pueblo.

Sol. Apesar de vuestras palabras, siento una inquietud que no puedo vencer.

Gar. Dispensad, doña Elvira; tengo que recordar á Sarmiento un sagrado deber, y ya se hace tarde. Dónde podria hallarle?

Elv. Está encerrado con su secretario hace mas de dos horas en su estancia.

Gar. Deseo hablarle al momento.

Elv. Yo me retiro y haré que le avisen.

Gar. Me hareis un obsequio, que no sé cómo os lo podré agradecer.

Elv. Remitid los cumplidos. Sol, no me sigues?

Sol. Aqui me hallo bien!.. Me agrada tanto la frescura de este vergel, que desearia me dejaseis gozar de sus encantos breves instantes, y despues me apresuraré á correr á vuestros brazos.

Elv. Como gustes, Sol; pero no tardes. (*vase.*)

ESCENA III.

Garcia, Sol.

Sol. Decidme, Garcia, esperais que ese tumulto se disipe pronto?

Gar. Si Alonso Coto se aleja hoy mismo de la ciudad, no se moverá nadie, pero no confio en nada mientras se encuentre dentro de sus muros.

Sol. Y por qué es tal encarnizamiento contra ese hombre?

Gar. Porque es un traidor á su patria, pues siendo toledano y persona influyente en el pueblo por sus riquezas y posicion, ha aceptado el ominoso cargo de recaudar ese impuesto, que arbitrariamente manda cobrar don Alvaro, y quiere con violencia cumplir su comision, atropellando él mismo con impudencia los sagrados derechos de sus conciudadanos.

Sol. Es posible, Dios mio, que los hombres se ocupen siempre de sus ideas de ambicion y estermiuio, y funden su placer en aniquilarse?

Gar. Vos, doña Sol, no comprendeis sino los nobles sentimientos que se anidan en vuestro corazon candoroso. Como no abrigais en él mas ambicion que la de obtener el cariño de un padre, os sorprende que los hombres se combatan con obstinada furia; pero por desgracia hay en el mundo pasiones vehementes que arrastran al mortal hasta el crímen, tal vez contra los instintos de su alma.

Sol. Desgraciados aquellos que solo hallan placer en derramar la sangre de sus semejantes, y en ver correr el llanto de los desgraciados.

Gar. (Su i:ocencia afrenta mi maldad!)

ESCENA IV.

Garcia, Sol, Sarmiento.

Sar. Dios os guarde, Garcia; acaban de decirme que me esperabais, y me he apresurado á venir... Hija mia!.. Cómo te sientes desde esta mañana?

Sol. Ya se disipó mi terror!

Sar. Gracias doy á Dios de verte salva de un inesperado peligro, y mi alma se inunda de placer! Tú eres mi vida, Sol, y si te perdiese, mi dolor me conduciria á la tumba! Mucho debo este dia al jóven que se espuso tan atrevidamente por libertarte, y siempre tendré en la memoria su generosa accion. Tú no sabes quién es, hija mia?

Sol. Lo ignoro! (*turbada.*)

Gar. Tiene todas las trazas de un noble mancebo, aunque su trage es harto humilde.

Sar. El hombre tan solo es noble por su hechos, y el de ese jóven le enaltece á mis ojos.

Sol. (Ah! sus palabras me animan!)

Sar. Y bien, Garcia, cuál es el motivo porque me buscais?

Gar. Necesito hablaros de cosas de importancia, y que exigen una pronta resolucion.

Sar. Os escucho.

ESCENA V.

Los mismos, Tovar.

Tov. Señor! Celebro hallaros aqui.

Sar. Qué ocurre, Rodrigo?

Tov. Se da por muy seguro que el rey, instigado por don Alvaro, despues de haberse apoderado de Benavente, se acerca con sus huestes á Toledo.

Gar. Ya es inminente entonces el peligro.

Sar. Callad delante de mi hija. (*bajo á Garcia.*) Sol; retírate á tu estancia, donde te está esperando con impaciencia mi hermana.

Sol. Os obedezco, padre mio. Pero guardad vuestra preciosa vida, porque tiemblo por vos en los terribles sucesos que se preparan.

Sar. Nada temas! Retírate tranquila; yo te aseguro que no corro ningun riesgo.

Sol. Quiéralo Dios!

Sar. Tovar, acompáñala.

Tov. Con el mayor placer. Venid, doña Sol. Cuánto es mi gozo al contemplaros libre del ¡ eligro que os amenazó esta mañana!

Sol. Gracias, Tovar! (*bajo al marcharse.*) Disteis á Fernando mi aviso?

TOV. Espera el mio para venir aqui. Dentro de poco vendremos á buscarle.
SOL. Cuán largos se me hacen los momentos.
TOV. Venid y tened confianza. (*vanse.*)

ESCENA VI.

GARCIA, SARMIENTO.

GAR. Señor; es forzoso obrar con prontitud; ya habeis oido; mi recelo no fué en vano: el rey se acerca con intencion hostil, y el pueblo no consentirá nunca en pagar ese impuesto cruel!
SAR. En tanto que yo me halle al frente de Toledo, no sufrirán sus habitantes una humillacion tan villana! Sabré perder gustoso la existencia, antes que ver hollados los fueros de mi patria y su sacrosanta libertad.
GAR. Muy bien, Sarmiento! No esperaba yo menos de vuestro noble corazon! Pero qué pensais hacer en tan críticas circunstancias?
SAR. Lo que me ordenan el deber y el honor! El rey, engañado, alucinado por la astucia del pérfido don Alvaro, y subyugado por su falacia, como el pájaro incauto por la venenosa serpiente, viene á asediar una fiel poblacion, creyendo cumplir de esa manera el sagrado deber de monarca! Pues bien, yo á fuer de ciudadano leal, debo mostrar patente á sus ojos reales la verdad. Le haré ver que don Alvaro solo trata de hundir alevosamente su trono, y menoscabar su prestigio por satisfacer su villana ambicion! Con este objeto he escrito con mi secretario una súplica, que pienso remitir á don Juan, despues que la apruebe el concejo, manifestándole la notoria injusticia de la órden de su favorito, y la resolucion irrevocable de la ciudad, de resistirse á darla cumplimiento.
GAR. Idea feliz!
SAR. Le manifiesto, que si se alza Toledo no es en contra de su legítimo soberano, á quien respeta y obedece, sino contra un tirano vil que se escuda con su nombre, para esclavizar indignamente á su patria!
GAR. Admiro, Sarmiento, vuestro valor y decision! Asi es como debe obrarse, y no perder un solo momento. El concejo, segun vuestro mandato, se hallará ya reunido, y solo esperará vuestra presencia.
SAR. Primero es necesario que me informe de si es esacta la noticia que acaba de darnos Tovar, y examine bien el espíritu del pueblo para calcular si podrá ser vigorosa la resistencia. Despues vuelvo aqui para recoger la súplica que mi secretario queda estendiendo, y que debe aprobar el concejo.
GAR. Vamos, pues.
SAR. Venid, y Dios preste su ayuda á la justa causa que defendemos.
GAR. La prestará, señor, porque jamás niega su apoyo al oprimido! (*vanse.*)

ESCENA VII.

TOVAR, *luego* SOL.

TOV. No me engañé; se alejan ambos, y el campo queda por nosotros. Salid sin recelo, doña Sol; vuestro padre ha partido con Garcia.
SOL. Tovar, esto no es vivir! Siempre inquietud y zozobra cada vez que logro hablar á Fernando cortos instantes!
TOV. Qué diablo! No os desconsoléis de ese modo! Dios no puede menos de daros toda la felicidad que mereceis; porque teneis un alma cándida y hermosa.
SOL. Tovar, cuándo será ese dia, que espero en vano hace tanto tiempo?
TOV. Valor, doña Sol! Tal vez no esté lejano. Cuando vuestro amante se acoja á la fé santa de Jesucristo, no se negará vuestro padre á haceros dichosa, uniéndoos al objeto de vuestro cariño.
SOL. Mucho recelo que vuestros pronósticos no lleguen á cumplirse. Pero el tiempo corre veloz y le debemos aprovechar. Id y avisadle.
TOV. Al momento; y despues voy al concejo á esperar á vuestro padre, segun me encargó.
SOL. No os detengais.
TOV. Pero por la Vírgen, sed mas prudentes que esta mañana, y no os dejeis sorprender á su vuelta.
SOL. Descuida.
TOV. El cielo os guarde. (*vase.*)

ESCENA VIII.

SOL, *luego* FERNANDO.

SOL. Tiene razon! Me estremezco pensando si llega á sorprendernos mi padre, cuál será mi turbacion... Dios mio, dadme vuestro favor, y proteged benigno estos amores inocentes.
FER. Sol hermosa! Ansiaba verte para preguntarte si estás ya restablecida! Temo tanto perderte!
SOL. Tranquilízate, mi bien! El susto que recibí fué momentáneo y se ha disipado enteramente.
FER. El amor me condujo á esperar tu salida del templo, y el amor te libró de una muerte segura.
SOL. Ah! Cuánto debo á ese amor, cuyos sacrificios son inapreciables! Mi existencia toda, consagrada á adorarte, no seria bastante á recompensarlos!
FER. Me agravias con esas palabras, bien de mi corazon! Pues qué, no merece mucho mas que lo que por tí he hecho, esa abnegacion con que olvidándote de tu clase y de tu nombre, me consagras tu ternura?.. Esa ternura que me enloquece, y con cuya posesion me creo mas feliz que el rey Mahomad de Granada con sus tesoros y su poder! Todo cuanto en el mundo existe, se me figura mezquino para ofrecerlo á tu hermosura, y daria con inmenso placer mi vida por la tuya!
SOL. Y será posible que Dios separe con crueldad dos almas que tanto se adoran?
FER. No nos separará; primero me faltará el aliento!
SOL. Escucha, Fernando; te he mandado venir porque es preciso que obremos con prontitud. La ciudad, segun ves, está agitada; la tempestad no se hará esperar mucho tiempo, y es fuerza que hables á mi padre antes que los terribles acontecimientos que se preparan, hagan imposible la realizacion de tus deseos.
FER. Pues bien, ahora mismo! A qué mas dilaciones? Yo pediré á tu padre una espada para combatir á su lado en la próxima lucha, y mi cuerpo será el escudo de su existencia... Yo emplearé todo mi valor en merecerte con mis acciones, y si lo logro al fin, no ambiciono mayor felicidad!
SOL. Pero en este momento es imposible que hables á mi padre; acaba de salir.
FER. Yo volveré en breve, y sabré conmover su corazon paterno. Si! Ten confianza, Sol! No será de mármol á nuestras súplicas, y consentirá al fin en unirnos ante las aras de tu Dios, que ya es el mio.
SOL. Ah! si asi sucediese, cuánta ventura! Qué porvenir tan halagueño se abriria delante de nosotros! Todos los goces de la tierra concentrados en nuestros corazones! Todo el mundo en nosotros dos!.. Y hasta

morir, gozariamos estasiados las auras embalsamadas del Eden!

FER. Si, mi sultana! Yo respiraria con delicia celestial tu puro aliento, y me embriagaria á cada instante con su aroma divino... En ti fijo mi pensamiento, y dedicado á adivinarte, á una sola mirada prevendria tus menores deseos; siempre juntos, á quién envidiariamos? A nadie, hermosa mia! Todos los esposos, por el contrario, tendrian celos de nuestra ventura! (*Sarmiento sale, y al oir á Sol queda en el fondo escuchando.*)

SOL. Y si ese porvenir tan delicioso se trueca en siniestro, tengamos al menos la esperanza de que nunca nuestras almas se verán desunidas.

FER. Nunca, amor mio, nunca! Ni la muerte podrá lograrlo, porque tambien hay amor mas allá de la tumba; y aun cuando en este mundo nos separasen con crueldad, su poder seria impotente en la mansion eterna, y á su pesar alcanzariamos vivir unidos para siempre!

ESCENA IX.

SOL, FERNANDO, SARMIENTO.

SAR. Decis muy bien, mancebo! (*presentándose de pronto entre ambos.*)

SOL. (Gran Dios!) (*aterrada.*)

FER. (Su padre!) (*confundido.*)

SAR. Decis muy bien! El poder del hombre no pasa los límites de la esfera en que existe; pero mientras respira el aura de la vida, se halla en el deber de impedir que su honor, la joya de mas precio que le fué concedida, se vea mancillada con el vapor mas leve!

FER. Señor!..

SAR. No esperaba por cierto que hubiese nadie tan osado que profanase con impudencia mi morada, viniendo en medio de la oscuridad, á seducir vilmente el candor de mi hija!

FER. Eso no, caballero! No es mi amor tan impuro, y le calumniais con esa calificacion! Yo idolatro á Sol con delirio, con una pasion casta y pura, y jamás ha cruzado mi mente la ignominiosa idea de empañar el cristal de su pureza!

SOL. Padre mio!..

SAR. Y tú le amas?

SOL. Ah, señor!

SAR. Habla!.. Di la verdad! (*con severidad.*)

SOL. Si, señor!.. Mi pecho corresponde con vehemencia á su amor!

SAR. Conque es decir, que me has juzgado indigno de tu confianza, ocultándome tu pasion.

SOL. El respeto ha sellado mis labios.

SAR. No hallaste en mi, en todas ocasiones, el amigo mas bien que el padre? Ahora te ha faltado el valor para con él? Has creido que mi corazon es de bronce!.. Ah! qué mal me has juzgado!

SOL. (Dios mio! Qué esperanza!)

SAR. Os reconozco, jóven; vos salvásteis á Sol esta mañana, y la gratitud que os debo por tal accion, no disminuirá por vuestra osadia; aunque ahora conozco con dolor, que obrásteis impulsado por un egoismo amoroso, y no por un noble sentimiento.

FER. Si mi amor me condujo al sitio donde corrió un peligro su existencia, y tuve tanta dicha, que esponiendo la mia, logré conservársela, no exijo ahora, como no exigí entonces, ninguna recompensa, porque deseo conseguirla por mis acciones y mi valor. Con este objeto venia decidido á hablaros, señor, porque quiero que me conozcais tal cual soy.

SOL. Si, padre amado, escuchadle benigno, y tened presente que le amo y no puedo vivir sin su amor!

SAR. No me es posible oiros en este instante, jóven, porque un deber sagrado reclama mi presencia fuera de aqui. Mañana podreis volver, y escucharé cuanto querais decirme. He sido siempre humano y cariñoso para mi hija, y mi único anhelo es hacerla feliz. Si sois digno de ser su esposo, os daré con ella mi bendicion!

SOL. Ah, padre mio! Vuestras palabras reaniman mi espíritu!

FER. Gracias, señor, por vuestra benevolencia!

SOL. Ten confianza, Fernando! Aun podemos ser venturosos!

FER. El cielo os guarde, caballero! Sol, vive persuadida que me haré digno de tu mano á los ojos del autor de tus dias, ó dejaré de existir. (*vase.*)

ESCENA X.

SOL, SARMIENTO.

SAR. Sígueme en el instante, Sol; abandona un sitio, donde no debiera haberte encontrado!

SOL. Perdonad generoso una imprudencia involuntaria!

SAR. Lo que no te perdonaré jamás, es la reserva que has usado conmigo, porque con ella me has hecho un hondo agravio!

SOL. No culpeis mi recelo en llegar á hablaros, porque aun no sabeis el secreto de Fernando.

SAR. Basta! Elvira te espera, y los momentos son preciosos para mi.

SOL. (Dios eterno! Confio en vuestra misericordia!) (*vanse.*)

ESCENA XI.

GARCIA, *luego* TORANZOS.

GAR. Por fin se aleja! Este es el instante oportuno. (*va al fondo y hace señas para que entre Toranzos.*)

TOR. Estamos solos?

GAR. Si; Sarmiento ha vuelto á su casa á recoger y firmar un papel que su secretario debe entregarle, y me ha ordenado le espere en este jardin; en tanto podeis hablar con confianza.

TOR. Muy bien! Averiguaste dónde habita el mancebo que te mandé seguir?

GAR. No le volví á ver, hasta ahora, que al entrar observé que salia de aqui.

TOR. No importa; yo mismo lo averiguaré. Ahora, amigo, es preciso que nos entendamos.

GAR. Hablad.

TOR. No sospechas por qué acepté gustoso tu propuesta de que hablásemos en casa de Sarmiento?

GAR. Es el sitio donde podemos infundir menos sospechas.

TOR. Garcia! Otro cualquiera en mi lugar hubiese visto en esta cita una emboscada; pero yo no puedo sospechar de tí tan torpe accion, porque estoy convencido de que eres muy previsor, y conoces que no me puedes delatar sin perderte. Además, me convenia mucho para mi plan introducirme en esta casa cuanto antes, y tu propuesta llenaba mi propósito cumplidamente.

GAR. Podré saber vuestros intentos?

TOR. Lo primero que necesito es tener una entrevista con Sarmiento.

GAR. Estais en vos?

TOR. Qué te sorprende? Yo debo vindicar mi honor á la faz del mundo, y para conseguirlo me es forzoso

obligar á Sarmiento á poner su firma en una carta, que tengo escrita á prevencion, en la cual se acusa de haber falsificado el documento por el cual obtuvo su justificacion, para librarse de la mancha que le cubria, y de ser él el verdadero regicida.

GAR. Y creeis tan fácil obligarle á firmar esa carta? Don Diego, no lo conseguireis.

TOR. Para eso precisamente necesito tu ayuda.

GAR. No estais ya fatigado, Toranzos, de intrigas y de crímenes? Por qué no habeis permanecido en Granada?

TOR. Porque la fatalidad me persigue, y en lucha con ella, he de ver si salgo vencedor. El nuevo rey Mahomad, al destronar á su tio, persiguió de muerte á todos sus favoritos, y yo tuve que huir... A dónde dirigirme? Aragon me hubiera dado asilo, pero en Castilla habia un ser que me atraia á mi pesar; y resuelto á venir en su busca, no me quedaba mas arbitrio que ver el medio mas seguro de pisar el suelo de mi patria, sin que peligrase mi cabeza. El demonio, que siempre me inspira, me ha sugerido el que te acabo de indicar.

GAR. Desechad esa idea irrealizable, y partid á Aragon; yo os facilitaré los medios de llegar salvo de todo riesgo á la frontera.

TOR. No es posible, Garcia. Mira, mi corazon no es tan perverso como tú crees... A mi pesar me ha envuelto el destino en una red, que no me es posible quebrar, y de esceso en esceso me ha impulsado hasta el crimen, sin que yo quisiera seguir adelante; pero su fuerza irresistible me empujaba violentamente, y aturdido marchaba sin detenerme. Resuelto á morir tranquilo lejos de mi patria, un suceso imprevisto me atrae á ella de nuevo, y ya no debo retroceder.

GAR. Pero qué es lo que esperais de mi?

TOR. Es cierto que tiene una hija Sarmiento, jóven y hermosa?

GAR. Si.

TOR. Y él la quiere mucho?

GAR. Con delirio.

TOR. Escucha lo que exijo de tí. Es forzoso que te apoderes de ella esta misma noche; que la conduzcas á una casa solitaria, y te halles pronto á darla muerte á una señal convenida. De ese modo lograré que Sarmiento acceda á firmar, porque sabrá que de su repulsa se hallará pendiente la existencia de su hija.

GAR. Oh! eso es demasiado, don Diego! Jamás accederé á tomar parte en tan odiosa maquinacion, y antes que ser cómplice, prefiero ser delator.

TOR. Te he dicho esta mañana, que venia prevenido para todo, y que todo lo tenia previsto. Conoces estas cartas? (*mostrándole varias.*)

GAR. Gran Dios! (*acercándose y reconociéndolas.*)

TOR. Estas son las que me escribiste hace veinte años, cuando yo estaba en Aragon á negociaciones con su monarca; en ellas se prueba tu complicidad en todos mis delitos de aquella época; en ellas está tu existencia! Delátame y yo las presentaré á mis jueces, y tu cabeza y la mia rodarán juntas en el cadalso.

GAR. (Oh rabia!)

TOR. Por el contrario; si accedes á servirme, te las devolveré, y te daré con ellas ademas el oro suficiente para que nades en la abundancia. Elige pronto entre morir en un suplicio, ó ser poderoso y considerado.

GAR. Hombre execrable! El infierno te arroja ante mi paso para perder mi alma!

TOR. Elige.

GAR. Te olvidas que al ponerme en tan cruel alternativa, me lanzas en la desesperacion? Esas cartas con que amenazas con tanta altivez... yo te las arrancaré con la vida. (*desnuda el puñal, se lanza á Toranzos y le dá una puñalada en el pecho. El puñal resbala, Toranzos queda inmóvil y Garcia petrificado.*)

TOR. Insensato! (*cojiendole del brazo con calma.*)

GAR. Ah! Maldicion! (*aterrado.*)

TOR. (*quitándole el puñal con frialdad.*) Tenia previsto este golpe, porque te conozco demasiado, y venia provisto de una cota de malla debajo de mi traje. (*se la muestra.*)

GAR. (Oh desesperacion! Estoy perdido!)

TOR. No tienes mas arbitrio que ser mio, ó del verdugo!

GAR. Pues bien... seré vuestro, ya que el averno lo dispone así!

TOR. Muy bien! Por fin te veo razonable. Aun podemos ser venturosos, y unirnos con amistad eterna.

GAR. Hablad.. disponed de mi! Qué quereis que haga?

TOR. Necesito hablar al instante á Sarmiento; condúcele hácia aqui, y despues apodérate de su hija.

GAR. Os obedeceré... Pero esperad... (*mirando por la izquierda.*) él viene.

TOR. Concluye pronto y déjale solo conmigo; en tanto esperaré tras estos arbustos. (*se oculta tras los rosales.*)

GAR. (Pues mi destino quiere que sea criminal, cumpliré sus decretos!)

ESCENA XII.

GARCIA, SARMIENTO, TORANZOS, *oculto.*

SAR. Partamos, Garcia; nos espera el concejo y debo llevarle este pliego.

GAR. Espero vuestras órdenes. (*se dirigen al foro.*)

TOR. (Se van!.. Atajaré sus pasos...) (*va á salir al encuentro de Garcia y Sarmiento.*)

VOCES (*dentro*). Muera Coto, muera! (*se oye un tumulto próximo.*)

SAR. Esas voces tan cerca!.. (*se detiene.*)

GAR. (*mirando por la puerta del foro.*) Alonso Coto viene con sus parciales á este jardin.

SAR. Y se atreve?..

TOR. (Alguien viene! Esperemos...)

ESCENA XIII.

Los mismos, ALONSO COTO, *caballeros.*

COTO. Pero Sarmiento, á dónde vais? (*bajan al proscenio todos.*)

SAR. Quisiera saber con qué derecho me hace esa pregunta en mi casa, el noble Alonso Coto?

COTO. Porque me es fuerza averiguar si es cierto lo que acabo de oir ahora mismo.

SAR. Qué habeis oido, Coto?

COTO. Que vais á escitar al concejo á la rebelion contra su rey, obligándole á negarse al cumplimiento de la órden que me ha sido enviada.

SAR. Es cierto, don Alonso, tal es mi firme resolucion! Jamás consentiré que se viole la ley y se atropelle al pueblo toledano.

COTO. Ved lo que haceis, Sarmiento; os declarais rebelde á vuestro legítimo señor.

SAR. Yo solo me rebelo contra un favorito insolente.

COTO. Reflexionad bien las consecuencias de vuestra negativa. Un ejército puede venir en breve á pediros cuenta de vuestras acciones, y vos únicamente sereis responsable de la sangre que se derrame en lucha tan impia.

SAR. Nada me arredra! Si se derrama sangre, será en justa defensa de nuestros fueros y nuestra libertad, y toda ella caerá gota á gota sobre la cabeza del vil que pretende tiranizarnos!
COTO. El rey autoriza esta órden. (*mostrando un pergamino.*)
SAR. Y yo quiero impedir que el rey cometa una debilidad, mostrándole el abismo que abre á sus pies el orgulloso don Alvaro.

ESCENA XIV.

Los mismos, UN OBRERO, *pueblo.*

OBRR. Aqui está, compañeros! (*entrando en tropel señala á Coto.*) Muera el traidor!
TODOS. Muera! (*se lanzan á Coto.*)
SAR. Deteneos! (*interponiéndose y conteniéndolos.*)
OBRR. Es un Judas, señor!
SAR. Respetad mi morada... y decidme lo que os irrita asi.
OBRR. Señor, nosotros os respetamos siempre... pero ese infame quiere romper nuestras sagradas leyes... y yo, simple obrero de esta ciudad, aclamado por gefe del pueblo, vengo en persecucion suya para castigar su traicion.
SAR. No es con sangre, hijos mios, con lo que debeis hacer respetar vuestras leyes.
OBRR. Decidnos, Pero Sarmiento, estais en nuestro favor?
SAR. Podeis dudarlo? Hasta morir!
OBRR. Pues bien; sed nuestro gefe... todos os aclamamos; no es cierto, amigos?
TODOS. Si, si!
SAR. Acepto con orgullo tan alto honor, y dichoso mil veces si muero en defensa del oprimido!
OBRR. Viva Pero Sarmiento!
TODOS. Viva!
OBRR. Ese perverso Coto quiere echar las cadenas á nuestros cuellos... Muera el tirano!
TODOS. Muera!
OBRR. No se debe consentir la traicion en Toledo! Ese cobarde es un hijo bastardo de esta noble ciudad... Un vil que deshonra á su patria, y debe morir á nuestras manos!
COTO. Qué audacia!
SAR. No quiero que se manche con un crimen la santidad de nuestra causa. Pero teneis razon en querer estirpar la traicion de este suelo leal. Coto será espulsado de Toledo ahora mismo.
COTO. Qué oigo!.. Con qué derecho?..
OBRR. Y se atreve á hablar todavia?.. Perro; vas á morir! (*se lanza á él.*)
SAR. Dejadle, amigos mios! (*conteniéndole.*) Yo os juro que el impuesto no se cobrará!
OBRR. Bien! Eso, eso!
TODOS. Viva.

ESCENA XV.

Los mismos, TOVAR, *soldados.*

TOV. Señor, un corredor acaba de llegar y nos ha dicho que el rey con sus huestes está ya cerca de Toledo. Yo he venido presuroso con algunos soldados, por si os son necesarios.
COTO. Ah! Pronto os arrepentireis de vuestra violencia y rebeldia!
OBRR. Calla, miserable, ó te arrancamos esa lengua infame!
SAR. Dios decidirá! Yo espero que nos será propicio, porque defendemos la justicia.
OBRR. Si... si!
SAR. Amigos! Es fuerza acudir á las armas y correr presurosos á los muros, cerrando las puertas de la ciudad á las tropas del soberano. Vos, Coto, saldreis al punto de este recinto.
OBRR. No, no! Es necesario que muera!
TODOS. Si, muera!
SAR. Atrás! Es preciso que vaya acompañado por uno de vosotros hasta alcanzar el ejército real... Al ver al rey, le direis, don Alonso, que Toledo le será franqueada y acatará con sumision sus órdenes, siempre que retire el impuesto.
OBRR. Y quién ha de ir en compañia de ese hombre? Ninguno! No es cierto que os negais á ir con él?
TODOS. Si, si!
COTO. Ni yo fio mi vida á ninguno de vosotros.
TOV. Sellad el labio!.. En este pueblo no hay traidores. Por eso se niegan á ir en vuestra compañia, porque temen les manche vuestro contacto!
SAR. Y qué; no habrá ninguno que quiera acompañarle?

ESCENA XVI.

Los mismos, FERNANDO.

FER. Yo le acompañaré.
TODOS. Vos?
OBRE. Y quién sois vos?
FER. Un hombre que está pronto á morir en defensa de vuestros derechos.
SAR. Muy bien! Os conozco y acepto vuestra oferta. La aceptais vosotros tambien?
TODOS. Si, si!
COTO. Y yo me avengo á partir en su compañia. Partamos.
FER. Venid, pues. (*van á salir, Toranzos se presenta y los detiene.*)

ESCENA XVII.

Los mismos, TORANZOS.

TOR. Un instante! (*sorpresa general. Tovar al verle se queda mirándole fijamente.*)
TOV. Qué veo!.... Ese rostro!.... (*queriendo reconocerle.*)
SAR. Qué quereis? Quién sois?
TOR. Quien viene á haceros ver que no podeis aceptar los servicios de ese mancebo, porque yo vengo á reclamarle como fugado de la casa paterna de Granada.
FER. (Gran Dios!)
TOR. Ese jóven es mahometano.
SAR. Cómo!
TOR. (No es ilusion!) (*mirando siempre á Toranzos.*)
OBRE. Es cierto?
SAR. Y qué pruebas teneis de lo que afirmais?
TOR. Apelo á su honor! Es verdad lo que acabo de decir? (*á Fernando.*)
FER. No lo puedo negar.
SAR. (*á Toranzos.*) Caballero; vuestro rostro no me es desconocido. Recuerdo haberos visto antes de ahora.
TOV. (*á Sarmiento.*) (Si.... él es; no tengo duda!..) Señor, prended a ese hombre... (*señalando á Toranzos y con resolucion.*) Ese fué el que me hirió hace veinte años.. es el regicida Toranzos!
TODOS. Regicida!
SAR. Es posible!
TOR. Calumnia infame!

GAR. (Se ha perdido!)
OBRE. Señor, es necesario no perder un instante... Debemos ir á nuestros puestos.
SAR. Si, decis bien! (*mirando á Toranzos.*) (Yo averiguaré la verdad.) Tovar, tú vas á acompañar á Coto!
TOV. Yo, señor?.. Y quereis?...
SAR. Silencio y obedece!
TOV. (Viven los cielos! Yo volveré para vengarme!)
COTO. Partamos, pues. Sarmiento, en breve tornaré vencedor!
TOV. Anda, y cuidado conmigo! (*vanse los dos.*)
GAR. Es fuerza obrar con premura, Sarmiento, porque el rey se aproxima.
SAR. Salid con estos valientes; cerrad las puertas y distribuirlos de modo que la defensa pueda ser vigorosa.
OBRE. Si, si; vamos al punto! A las armas, amigos!
TODOS. A las armas!
SAR. Soldados, prended á ese hombre! (*señalando á Toranzos. Los soldados le rodean y le quitan la espada.*)
TOR. Mirad que es un error.
SAR. Lo aclarareis mas tarde! Compañeros, si es preciso lidiar, mostraos dignos del suelo en que nacisteis, y la victoria será vuestra!
OBRE. No temais que nos falte el valor! Viva Pero Sarmiento!
TODOS. Viva!
OBRE. A las murallas!
TODOS. A l s murallas!
GAR. Seguidme.
TOR. No olvides mis órdenes. (*aparte á Garcia al salir, que se va con el obrero y el pueblo por el fondo.*)

ESCENA XVIII.

Los mismos, FERNANDO, TORANZOS.

FER. Yo tambien voy á compartir con ellos la gloria ó la derrota.
SAR. Teneos un instante! Deseo me digais por qué razon siendo musulman, quereis tomar parte en las luchas de los cristianos.
FER. Porque una voz en mi pecho me grita sin cesar, que mi religion es la vuestra, y quiero hacerme digno de abrazarla, y de aquella por quien suspiro.
SAR. Pues bien, si tal es vuestro anhelo, partid á reuniros á esos valientes; si mañana se trava la lid, distinguios en ella, y tal vez veais cumplida vuestra ambicion.
FER. Ah! mi brazo será invencible con tan dulce esperanza! (*vá á salir y Toranzos le detiene.*)
TOR. Por última vez, joven audad, os prohibo salir.
FER. Y yo me niego á obedeceros. (*con resolucion.*)

ESCENA XIX.

Los mismos, SOL, ELVIRA.

SOL. Soltad, dejadme! Es él! (*desasiéndose de Elvira que la contiene.*)
ELV. (Imprudente!)
FER. Sol!
SAR. Hija mia!
SOL. Ah, señor!.. Padre mio! Devolvedle su libertad!
FER. Mi libertad!
SAR. Tranquilízate, Sol; nadie ha atentado á ella. El que se halla aqui preso, es ese hombre, que (*por Toranzos.*) hace veinte años se creia muerto, y fue el que quiso quitar la vida á nuestro rey... El infame que me calumnió y que el cielo pone hoy en mi poder!
ELV. Gran Dios! (*mirando con atencion á Toranzos y reconociéndole.*) Es ilusion! (*aparte á Sarmiento.*) El es. Sarmiento, él es, el cobarde que manchó mi honor!
SAR. (*aparte á Elvira.*) Justicia divina! No en vano creia haber visto otra vez su rostro.. Si, le vi en la granja de Tovar, cuando me hallaba oculto en ella!. (Gracias, Dios mio, que me proporcionais cobrar á un tiempo mi honor y el de mi hermana!)
TOR. (Es ella, y me ha reconocido!)
FER. (Qué misterio!)
SAR. Joven, marchad y el cielo os favorezca!
FER. El me dará valor!
TOR. Vos no saldreis de aqui. Tengo derechos á vuestra obediencia, que me hallo decidido á hacer respetar.
SAR. Yo los anulo por ahora, y en breve sabré si son valederos.
SOL. Fernando! Piensa que mi mano es el galardon de tus acciones!
FER. No lo olvidaré ni un instante.
ELV. (*ap. á Sarmiento.*) Sarmiento, véngame del traidor!
SAR. (*ap. á Elvira.*) Serás vengada, Elvira! (*á los soldados.*) Conducid á ese hombre á un aposento retirado, y vigiladle con la mayor severidad.
TOR. Insensato! Muy pronto me alzaré vencedor! Y tú, mancebo osado, tiembla de mis rigores!
SAR. Miserable!.. Llevadle! (*los soldados se llevan á Toranzos.*)
ELV. (Y no poder echarle en cara su maldad!)
FER. Desprecio las amenazas de ese hombre!
SOL. A Dios, Fernando, á Dios!
FER. Sol, yo te juro que sabré merecerte, ó pereceré en la deman la. (*vase.*)
ELV. Hermano mio!
SAR. Confiad en mi entrambas. Un Dios justo me dará su favor para labrar vuestra felicidad! (*se disponen á entrar en la casa, y cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

Un salon en casa de Sarmiento; un balcon al fondo, por el que se ve parte de la ciudad. Dos puertas en la derecha que dan salida á la calle: otras dos en la izquierda que comunican con las habitaciones interiores. Una mesa con tapete, escribania y pergaminos. Un sillon.

ESCENA PRIMERA.

SOL, ELVIRA.

ELV. Siempre un nuevo motivo de pesar? Nunca se pinta la esperanza en tu rostro!
SOL. Es culpa mia que la desgracia agrupe á mi alrededor la desolacion y el peligro?
ELV. Pero tu mente le abulta y dá proporciones gigantescas á lo que tal vez no tenga la consecuencia mas leve. ¿Por qué ha de atormentarte de ese modo la salida que han hecho de la ciudad esta mañana sus valerosos defensores, para contener el ímpetu de las tropas reales que avanzaban hácia Toledo con ánimo de entrar!
SOL. Por qué, me preguntais? Acaso no sabeis que mi existencia está unida á la de Fernando, y que este, ansioso de conseguir laureles, ha partido con los que salieron á combatir?

Elv. Y tú recelas?..
Sol. Que á estas horas la muerte!..
Elv. Por qué has de presumir lo mas funesto, hija mia? No puede tambien volver vencedor y con un título mas á tu cariño?
Sol. Esa seria mi felicidad, y la felicidad hace tiempo que huye de mi. El corazon me presagia un infortunio, al que no podré sobrevivir.
Elv. No pienses en la muerte, Sol, porque sin ti, qué haria en el mundo tu madre? Ah! tú no sabes, pobre inocente, que las desgracias no matan! Yo he sufrido mucho desde mis tiernos años, y Dios me ha dado fuerzas para resistir, y vivo aun, sin saber lo que me resta que padecer. Tu muerte, hija del alma, seria para mi el dolor mas agudo de cuantos el cielo me pudiera enviar, y no sé si podria sobrellevarle. Consuélate y ten confianza... Tal vez en breve veas trocado el negro porvenir que tu imaginacion te pinta, en delicias y felicidad.
Sol. Ah, madre mia! Si no fuera por vuestros consuelos, por vuestro amor, la desesperacion me hubiera vuelto loca!

ESCENA II.

SOL, ELVIRA, SARMIENTO.

Sar. Aun nada!.. Esta incertidumbre es cruel!
Sol. Ah, padre mio! Qué es lo que ocurre? Vuestro semblante denota algun pesar?
Elv. Qué tienes, Sarmiento?
Sar. Que no llegan noticias de la lucha que se trabó esta mañana fuera de los muros, y el resultado me trae inquieto y lleno de temor.
Elv. Y por qué, hermano mio, diste esa órden fatal de que saliesen á afrontar á las huestes del rey?
Sar. Y qué otro recurso me quedaba? El rey mandó que avanzasen los suyos, y mi deber era impedirles que llegasen hasta las puertas de la ciudad. La lid se trabó encarnizada, pero ninguno de los que salieron ha vuelto á Toledo, y hace ya doce horas que se empezó el combate.
Elv. Contestó el monarca al mensage que diste á Coto ayer?
Sar. Su respuesta fué mandar entrar en Toledo á sus soldados; pero ha visto que sus habitantes se hallaban prevenidos para rechazar su insolencia. Esta mañana ha aprobado por fin el concejo el escrito que yo le presenté, y que voy á enviar á don Juan. Sino accede á nuestra justa demanda, sabrán morir todos mis compatriotas, antes que ver hollados torpemente sus sagrados derechos.
Sol. Esa lucha cruel, es para mi un tormento, porque peligra en ella...
Sar. Te comprendo, hija mia! Pero recuerda que si quiere ese jóven obtener tu mano, debe merecerla por su valor. No lamentes que vaya á combatir para alcanzar la gloria que le falta.
Sol. Será posible, Dios eterno! No rechazais al hombre que idolatro? Me atreveré á esperar que algun dia consentireis en verme feliz á su lado?
Sar. No me dejo arrastrar, hija mia, como otros muchos, por una indigna preocupacion. Si ha nacido tu amante en las creencias de Mahoma, cuando las abjure ante los altares del verdadero Dios, será purificado de esa mancha con el agua sagrada del bautismo; si le falta un nombre y con su valor logra adquirirlo, es tan grande á mis ojos el que se hace noble por sus acciones, como el que nace en elevada cuna, y ostenta los blasones que le legáran sus abuelos; si le faltan riquezas, las mias son harto suficientes para que á nadie tengais que envidiar en el mundo... y sobre todo, Sol querida, mi cariño hácia ti me impulsa á no mirar mas que tu bienestar y tu ventura!
Sol. Al escucharos, padre mio, lloro de júbilo, y no sé como recompensar vuestra ternura.
Sar. Amándome como hasta aqui! (*la abraza.*)
Elv. Cuán noble eres, hermano! Ves, Sol, lo que te decia hace poco? Jamás debe desconfiarse de la misericordia divina!

ESCENA III.

Los mismos, TOVAR.

Tov. Señor?.. (Las dos aqui!) (*viene algo triste.*)
Sol. Qué nuevas traeis, Tovar?
Sar. Ocurre algo?
Elv. Sacadnos de esta incertidumbre.
Sar. Tu rostro está alterado?
Tov. Es que ..
Sar. Dudas de nuestro valor? Si es una nueva infausta, la oiremos resignados... habla sin detencion.
Tov. La noticia que tengo que daros á vos, señor, es que la gente que salió esta mañana acaba de volver victoriosa, y los del rey han sido rechazados.
Sar. Y era eso lo que no querias decir? Qué mayor placer pudieras darme, cuando mi pecho oprimido temia una derrota? Asi conocerá nuestro monarca, que aun hay valientes dentro de estas murallas; y quizá esta leccion sirva de mucho para que acceda á la peticion que voy á remitirle.
Sol. Tovar!.. (*preguntándole con los ojos.*)
Tov. Doña Sol!.. (*con tristeza, comprendiéndola.*)
Elv. Habla, Fernando?..
Tov. Fernando... (*sin atreverse á continuar.*)
Sol. Acaba. (*con ansiedad.*)
Sar. Qué ha sido de él?
Elv. Ha vuelvo?
Sol. No señora!
Sol. (*con recelo.*) Ah! Qué dices!.. Tal vez...
Tov. Segun han dicho... Vamos, yo no me atrevo..!..
Sol. Si; ya adivino!.. (*con la mayor angustia.*)
Sar. Ha muerto! (*á Tovar que oculta el rostro; Sol lo vé y dice desolada.*)
Sol. Ah! (*cayendo desmayada.*)
Elv. Infeliz! (*acudiendo en su ausilio.*)
Sar. Hija mia! (*id.*)
Tov. Pobre señora! He aqui la nueva que alteraba mi rostro, y que no queria daros.
Elv. Dios mio! Cuándo os cansareis de oprimirnos con vuestra cólera!
Sar. Ya vuelve!.. Sol, hija mia!
Tov. (Qué lástima de jóven!.. Un alma que ya estaba convertida!)
Sol. (*con dolor.*) Desdichada de mi!.. Ha muerto, padre mio!.. Ha muerto!.. Qué esperanza me resta ya en el mundo?
Sar. Te queda un padre que te adora!
Elv. Y en mi, Sol, una segunda madre que dará su aliento por consolarte!
Sol. Ah! No en vano mi corazon me anunciaba una gran desgracia!
Elv. Ven conmigo á tu estancia, y pide al cielo que te conceda resignacion.
Sol. Vamos donde gusteis! El llanto será mi único consuelo, y mi alma desgarrada no puede hallar alivio en ninguna parte. (*vase con Elvira.*)

ESCENA IV.

SARMIENTO, TOVAR.

TOV. (*lloroso.*) Vamos!.. Yo no soy para oir llorar de ese modo!

SAR. Es necesario que nos conformemos con la voluntad del Señor.

TOV. Pero es que yo siento su dolor tanto como ella... y lloro como un niño, y daria gustoso mi sangre por consolarla!

SAR. Ya sé, buen Tovar, cuanto es tu cariño y cuanta tu lealtad para con nosotros, y por ello te estoy agradecido con toda el alma! Siempre te has sacrificado por mi, y te debo inmensos favores.!. Mas no debemos olvidar nuestros deberes.

TOV. Decis muy bien! La patria antes que todo.

SAR. Vas á partir inmediatamente á llevar al rey este pliego, que debe decidir la paz ó la guerra entre Toledo y él!

TOV. Señor, me atreveria á pediros una gracia.

SAR. Habla.

TOV. Quisiera que me relevaseis de ese encargo, porque en medio de los disgustos que me rodean, el único placer que pudiera gozar, seria tomar venganza del cobarde que teneis preso, y que me hirió tan alevosamente.

SAR. Cómo! Tú quieres?..

TOV. Escupirle en el rostro y cruzar mi acero con él!.. Estoy seguro de hundirlo en su vil corazon!

SAR. Tovar! Déjame obrar en este asunto. Qué conseguirás con su muerte? Una estéril venganza que nada llegaria á reparar. Reflexiona que ese hombre me debe el honor de mi querida hermana.

TOV. Teneis razon!.. Es cierto! Perdonad mi olvido, señor; vos mejor que yo sabreis vengar tantas injurias en ese bribon.

SAR. Pues bien, parte al instante; el tiempo vuela y no se debe de desperdiciar. Toma este perg mino; en él indico tambien á su alteza que ha sido hallado al fin el cobarde que asestó un puñal á su régia persona, y que si accede á mis instancias, al entrar en Toledo pondré á su disposicion al regicida para que haga de él lo que mas le plazca.

TOV. Muy bien hecho, señor! Voy al instante.

SAR. Espera. Antes de partir avisa á un sacerdote para que venga sin perder un momento, porque me es muy preciso en esta situacion.

TOV. Pensais disponer para la muerte á Toranzos?

SAR. No; es para un fin que ahora no puedes comprender. Parte, Tovar, y vuelve con presteza.

TOV. Descuidad. (Por mi nombre que ese malvado debia morir en una hoguera!) (*vase.*)

ESCENA V

SARMIENTO, *luego* GARCIA.

SAR. Yo voy en tanto á recorrer los muros para ver si están vigilantes los centinelas, y si hay alguna novedad en la poblacion.

GAR. Señor?

SAR. Qué ocurre?

GAR. Segun por las observaciones hechas, hemos podido calcular; el rey piensa asediar á Toledo.

SAR. Luego el asalto que se temia?..

GAR. Creo que no se atreve á tanto. La prueba de que no piensa en ello, es que la hueste que abanzó hácia aquí esta mañana, se ha replegado de nuevo al hospital de San Lázaro, donde el rey se encuentra aposentado.

SAR. Espero que todo termine felizmente, si acepta don Juan el mensage que acabo de enviarle.

GAR. Quiéralo el cielo!

SAR. Mi presencia es precisa en las murallas, para que todos estén alerta al menor movimiento de las tropas reales, pues tambien pudiera ser un ardid su repentina retirada.

GAR. Estoy persuadido que el rey no intentará nada contra la ciudad, no teniendo á su lado á su pérfido favorito.

SAR. No obstante, yo debo prevenir todo riesgo!.. Interin vuelvo, id vos, Garcia, á la estancia donde se halla preso Toranzos; los guardias que le custodian tienen órden mia de no dejar entrar a hablarle á nadie mas que á vos. Decidle que su enemigo es generoso, y puede aun salvarle del cadalso, si accede á lo que piensa proponerle. Decidle que medite bien su situacion, y espere confiado mi vuelta. No dudo que sabreis servirme con el mismo celo que siempre, y dispondreis su ánimo favorablemente, á fin de que acceda á mi propuesta, que será ventajosa para él, y evitará el escándalo de una ruidosa ejecucion.

GAR. Sarmiento, podeis confiar en mi fidelidad.

SAR. Pues id al punto.

GAR. Voy sin tardanza. (*vase.*)

ESCENA VI.

SARMIENTO, ELVIRA.

SAR. Quiera Dios ayudarme, para que mi plan se realice!...

ELV. Sarmiento!

SAR. Hermana mia!

ELV. Oye un instante.

SAR. Habla, pero sé breve; cuidados urgentes me llaman fuera de aqui.

ELV. No te detendré mucho tiempo; el necesario únicamente para decirte, que espero de ti con ansiedad la reparacion de mi honra, porque yo no puedo por mas tiempo privar de un nombre y de una madre á esa niña desventurada, que ha nacido para sufrir.

SAR. Hoy mismo lo lograrás todo, Elvira; acabo de avisar á un sacerdote, para que os una esta noche, que ya no se hará esperar mucho, en la capilla de este palacio Así que te dé el nombre de esposo, para evitar que caiga sobre nuestra familia la mancha de su crimen, le facilitaré la huida, y despues pediré al soberano un perdon que espero me será concedido.

ELV. Gracias, hermano mio, gracias! Mi hija podrá ser mas feliz que su madre! En cuanto termine la santa ceremonia, iré á encerrarme en un claustro, para llorar en él mi desgracia y mi abandono, porque no puedo presentarme á los ojos del mundo!

SAR. Infeliz hermana! Bien has espiado un instante de estravio! Dios nos dé su favor en afliccion tan honda! (*vase.*)

ESCENA VII.

ELVIRA.

Solo por el fruto inocente de mi falta, deseo vivir... Sin ella ya la desesperacion hubiese armado mi mano en contra mia. Si; mejor hubiera sido bajar á la tumba, que sufrir tan crueles humillaciones!

ESCENA VIII.

ELVIRA, SOL.

SOL. Madre mia!.. Os encuentro por fin!

ELV. Qué me quieres, hija del alma?
SOL. Estar á vuestro lado; buscar en vuestro regazo, en vuestras amorosas espresiones, la quietud que ha huido hace tiempo de mí; verter mi llanto doloroso en vuestro seno maternal, porque así mi corazon respira con menos angustia, y mi dolor es menos intenso!
ELV. El mio, Sol, es desgarrador al contemplar tu llanto, y al verte padecer! Pero Dios nos envia tantas calamidades para purificarnos y hacernos dignos de su mansion eterna! En medio de tanta afliccion, permite que nuestro llanto se confunda, y que podamos juntas lamentar nuestra pena asoladora.
SOL. Ah, madre mia!.... Madre mia!.. Para mí ya no hay consuelo en la tierra!
ELV. Silencio, Sol; alguien se acerca... Ocultemos al mundo nuestro pesar.

ESCENA IX.

ELVIRA, SOL, GARCIA.

GAR. (Juntas! Qué horrible situacion la mia!.. Pero no tengo otro camino... Me es necesario cumplir las órdenes que me acaba de dar don Diego.)
ELV. Garcia, venis de hablar al preso?
GAR. Sí señora.
ELV. Sé que venis de su aposento, porque cuando salí á esta sala en busca de mi hermano, oí que os mandaba ir á verle.
GAR. No os engañasteis. Me encargó que le inclinase á acceder á sus deseos; y acaba de asegurarme que está dispuesto á hacer lo que exija, con una sola condicion por su parte.
ELV. Y cuál?
GAR. Solo quiere decirla á vuestro mismo hermano.
ELV. (Ah! Necesito verle!.. Necesito oir de su boca mi sentencia.) Sol, espérame cortos momentos.... En breve volveré á tu lado. (*vase.*)

ESCENA X.

SOL, GARCIA.

GAR. (Esta es la ocasion!)
SOL. Decidme, Garcia, y no os estrañe mi ansiedad; es cierto que el jóven que me salvó ayer, que Fernando ha sido muerto esta mañana por las tropas del rey?
GAR. (El infierno me ayuda!) Mucho siento desgarrar vuestro corazon; por desdicha yo mismo acabo de ver hace poco su cadáver.
SOL. Vos le habeis visto?.. Ah! Yo tambien quiero verle por la última vez!... Yo quiero darle el último á Dios, y bañar con mis lágrimas su rostro inanimado!
GAR. Doña Sol!
SOL. En vano procurareis disuadirme de esta idea!.. Si vos sabeis dónde está su cadáver, llevadme al punto, y os deberé la vida.
GAR. Pues es tan firme vuestra resolucion, os conduciré á casa de Coto, donde le he mandado trasladar, por hallarse sola desde la partida de su dueño.
SOL. Ya tardais, Garcia, ya tardais! La impaciencia oprime mi pecho!
GAR. Seguidme, pero prometedme que nadie sabrá....
SOL. Os lo juro!
GAR. Venid. (*van á salir por la primera puerta de la derecha y se detienen.*) Qué contratiempo!... Vuestro padre...
SOL. (*indicando la segunda puerta de la derecha.*) Por aquí! Este pasadizo nos dará salida sin que nos vea.
GAR. Apresurémonos. (*vanse por la puerta segunda de la derecha.*)

ESCENA XI.

SARMIENTO, *luego* UN CRIADO.

SAR. Todo está en órden! El ánimo de los defensores de Toledo no decaerá por ningun peligro, y el rey puede, si quiere, intentar un asalto, que sus huestes quedarán sepultadas bajo los muros de esta ciudad. Ya que he cumplido con mi patria como soldado, voy como hombre á devolver su lustre á mi honor mancillado. Hola!
CRIA. (*saliendo.*) Señor?
SAR. Tomad. (*escribe en un pergamino y se le dá al criado.*) Con esta órden, los guardias que custodian al prisionero le conducirán hasta aquí. (*vase el criado.*) Dios mio, prestadme fuerzas para llevar á cabo el sacrificio que me impongo, salvando del cadalso, que merece, al hombre que ha sido causa de todos mis males... de la pérdida de mi honor, y de la de un hijo que lloro sin consuelo hace veinte años! Aquí está... Valor, corazon mio!

ESCENA XII.

SARMIENTO, TORANZOS.

TOR. Ya hace tiempo que ansiaba hablar con vos un instante á solas.
SAR. Igual es mi deseo, Toranzos; porque no habreis echado en olvido, que hace veinte años arrebatásteis torpemente á mi hermana el honor, y ha llegado la hora de cobrar yo esta deuda.
TOR. En buen hora, Sarmiento; no quiero negaros que yo seduje á Elvira en esa época; pero de qué modo pensais hacerme reparar esa falta?
SAR. Dentro de breves momentos vendrá un sacerdote, á quien he mandado llamar, y os unirá solemnemente á la infeliz que abandonasteis.
TOR. Y si yo me negase?
SAR. Oh, no lo hareis, porque vá en ello vuestra vida. Oid el partido que os propongo.
TOR. Hablad.
SAR. Despues de verificado este enlace, facilitaré vuestra fuga, para que la ignominia del cadalso que os espera por vuestro crímen, no recaiga sobre mi nombre, sin mancilla hasta aquí.
TOR. Pero yo no subiré al cadalso.
SAR. Es que acabo de escribir al monarca diciéndole, que os tengo en mi poder, y si entra en Toledo, su primer cuidado será castigar al que atentó á su vida alevosamente.
TOR. Muy bien! Pero vos ignorais, Sarmiento, que á pesar de hallarme aquí privado de mi libertad, soy dueño de dictaros á mi placer las condiciones que me plazca!
SAR. Qué quereis decir?
TOR. Que voy á exigir de vos nada mas que una cosa sencillísima... Que pongais vuestra rúbrica al pie de estas líneas. (*le enseña un pergamino.*)
SAR. Y qué contienen?
TOR. Acercaos y leed. (*se lo presenta, sin soltarlo.*)
SAR. (*leyendo en manos de Toranzos.*) «Señor; próximo á espirar, mi conciencia me impele á confesar mis crímenes, para entregar mi alma purificada en manos del Eterno. La carta con que conseguí mi perdon hace veinte años, fue falsificada por mí, perdiéndo con ella á un inocente; yo soy el verdadero regicida.» Qué audacia! Infame!.. Y osas proponerme que firme ese documento, estando bajo mi dominio, sin amparo ninguno?

Tor. Cuando me atrevo á haceros tal proposicion, es porque tengo prevista vuestra resistencia, que haré cesar con una sola palabra.

Sar. Pero segun ese pliego, atentais á mi vida, miserable?

Tor. Yo no; pero hay un hombre que por encargo mio os dará muerte antes de terminar el dia; y el rey creerá que os habeis suicidado por desesperacion.

Sar. Qué horrible trama! Pero no creais que nada me intimide, ni que consienta nunca en acusarme tan infamemente... Jamas firmaré! Y vos, antes de que la noche termine, estareis fuera de Toledo, para que el rey os dé un castigo ejemplar.

Tor. No será así, Sarmiento! Mis medidas están muy bien tomadas, y no podreis salvaros del lazo que os he tendido.

Sar. Cómo!

Tor. Oidme bien! Vuestra hija, alejada de esta casa por un cómplice mio, está vigilada por él en un asilo oculto y seguro, que los dos solo sabemos; si antes de un cuarto de hora no voy á buscarle, tiene órden mia de darla muerte sin piedad.

Sar. Dios eterno!

Tor. Cuanto mas prolongueis vuestra negativa, mas inevitable es el fin de vuestra hija.

Sar. Y quién hay en Toledo tan infame que haya aceptado tan cobarde mision?

Tor. Marcos Garcia.

Sar. Imposible! Mentis!

Tor. El es mi cómplice hace veinte años, y ha sabido con sutileza engañar vuestra credulidad.

Sar. Oh perfidia!

Tor. Vamos, firmad. Cada instante que pasa, acerca la muerte al corazon de esa niña, á quien vos adorais.

Sar. Pues bien, hombre execrable, reconoce en estos sucesos la providencia divina! Esa jóven que quieres inmolar, no es hija mia... Tú mismo has decretado la muerte del inocente fruto de tu culpable seduccion!..

Tor. En vano pensais alucinarme con tan absurdo engaño!.. Mi hijo le robé yo mismo, hace veinte años, de la granja en que estabais oculto cerca de Valladolid.

Sar. Gran Dios! Será posible!.. Y qué habeis hecho de él? (*con ansiedad.*)

Sar. Ha vivido desde entonces conmigo, y es el jóven que ayer reclamé como musulman!

Sar. (*desesperado.*) Ah! Desdichado! Ese joven es mi hijo... mi Enrique! Y ha muerto esta mañana en la lid!

Tor. (*con recelo.*) Pero eso no puede ser cierto.

Sar. Si, miserable! Sol es hija tuya!

Tor. Ah! Yo no puedo creer...

ESCENA XIII.

Sarmiento, Toranzos, Elvira.

Elv. (*que sale angustiada y ha oido las últimas palabras.*) Una madre lo jura!

Tor. Elvira!

Elv. Una madre, que viene á implorarte desesperada. (*á Sarmiento.*)

Sar. Comprendo!.. Sol...

Elv. Ha desaparecido!.. Cuando iba á la prision de ese traidor, mis doncellas me lo anunciaron. No les di crédito... he corrido todo el palacio desolada, y su voz no ha contestado á la mia!

Sar. Mónstruo! Gozad en vuestra obra!

Tor. La venganza de Dios me abruma! Yo propio he llevado á mi hija a la muerte... Dejadme! Dejadme salir á salvarla! Tal vez aun sea tiempo!

Sar. Vuestra infame traicion ha inmolado á dos inocentes... Corramos á librar al menos á esa desventurada!

Elv. Sabeis dónde se halla?

Tor. Si, yo lo sé; seguidme. (*van á salir.*)

Voces. (*dentro.*) Mueran los traidores!.. Viva Sarmiento! (*al oir estas voces se detienen aterrados.*)

Elv. Qué tumulto!.. (*las voces se acercan cada vez mas.*)

Tor. Ah! Ya es tarde! (*retrocediendo confundido.*)

ESCENA XIV.

Los mismos, Un Obrero, pueblo.

Obre. Triunfamos!

Sar. Qué habeis hecho?

Obre. Mi gente indignada, á quien en vano quise contener, viendo que no vuelve Coto á dar la respuesta de la mision que le confiasteis, ha puesto fuego á su casa. Mirad! (*señala al balcon del foro, por el que se ven elevarse las llamas sobre una de las casas próximas, y se oyen voces y tumulto lejano. El obrero y el pueblo se agrupan á mirar por el balcon.*)

Sar. Esas llamas!...

Tor. (*con desesperacion.*) Esas llamas devoran el cuerpo inanimado de mi hija infortunada, conducida de mi órden á esa casa, para borrar el crimen con el fuego.

Elv. Qué escucho! Sol!.. Mi hija?..

Tor. No existe!

Elv. Dios eterno!

Sar. Y ese tumulto?

Tor. Garcia lo ha promovido por mi causa!

Elv. Hija mia!

Sar. Oh desolacion!

Elv. Mi hija!.. Mi Sol!.. Muerta, Dios mio, muerta!.. (*en la mayor consternacion.*)

ESCENA XV.

Los mismos, Sol, Fernando.

Fer. (*trayendo gozoso á Sol de la mano.*) No; vive aun!

Sol. Madre! (*corriendo á sus brazos.*)

Elv. Hija mia! (*abrazándola con efusion.*)

Sar. (*á Sol, mirando á Fernando con cariño y ansiedad.*) Y él nuevamente?..

Sol. El es otra vez mi salvador!

Tor. Y cómo?..

Fer. Al pasar por la casa de Coto, oí la voz de Sol que pedia socorro; entro y la veo pugnando con un hombre, (*á Sarmiento.*) que se decia vuestro amigo, que amenazaba su inocente pecho con un puñal. Le derribo sin aliento á mis pies, y la salvo, huyendo con ella por medio de las llamas!

Elv. Gracias, Dios mio!

Tor. Reconozco su providencia!

Sar. (*á Fernando.*) Ah! Bien revelas en tu valor y generosidad la sangre que circula en tus venas!.. (*con el mayor regocijo.*) El cielo me concede por fin la dicha de encontrarte!.. Enrique... hijo mio!.. Ven, ven á mis brazos!

Fer. Cómo!.. Yo vuestro hijo!

Tor. No lo dudes... tú no eres musulman.

Elv. (*con asombro.*) Que oigo!

Sol. Hijo vuestro! (*id.*)

Sar. Mi hijo, si; ven... que yo te estreche sobre mi corazon.

Fer. Ah! Padre! (*arrojándose en sus brazos con ale-*

Cuide usté no me haga mal...
Que estoy muy alto, vecino!
Bájese usted... ay! Que calma!!
Bájeme usté con presteza, (*vá bajando.*)
que se me vá la cabeza,
y he de romperme la crisma!
Ay! ay! ay! Ya me bajó!
que gigante, San Sempronio!
Si parecia un demonio!
Por poco no me estrelló!
Eh! mozo, venga una luz (*grita.*)
que no quiero estar á oscuras!
Todo me hago congeturas!
No viene? (*gritando*)

(Gran relámpago y trueno espantoso.)

La santa Cruz!
me ampare y me favorezca!
Ya tenemos tempestad!
Si es esa la claridad
mejor quiero no amanezca!

VOZ DENTRO. Toma otras luces.

(Atraviesa un grán número de esqueletos con achones, y los últimos llevan un féretro cubierto; esto debe verse entre gasas.)

RUFO. Qué horror!
Quién ha muerto?

VOZ DENTRO. Lo sabrás;
sigue el entierro, y verás.
Sé tú el padrino.

RUFO. Mejor.
Pues ande luego el cortejo... (*se paran.*)
Prosigan, no se detenga...
A quién esperan que venga?...

(Cruza el entierro; Rufo se queda el último, y al ir á entrar, le dice una voz terrible)

VOZ DENTRO. Aléja e.

RUFO. (*remedándole*) Ya me alejo.
No direis quien se murió?

VOZ. Uno de ambos combatientes.
Lidiaron como valientes,
pero uno ya sucumbió.
Si el reloj de esta mansion
seis campanadas dá solo,
será que tu amo, con dolo
perdió la vida en la accion.
Si dá siete, tu esperanza
se cumple; será señal
de que tu dueño, inmortal
dió á padre y patria venganza
En cuyo caso, felices
todos cuatro vivireis;
sino es así, morireis
maldecidos é infelices.
(*Algazara infernal.*)
Escucha; los condenados
se estremecen, ya el relój
va á sonar.

RUFO. Ya escucho yo.
Hay momentos deseados;
no suena; voy por allí
á ver...

(Al dirigirse á la izquierda, sale la pierna de un gigante, y dándole una patada, que le hace retroceder, dice la voz.)

VOZ DENTRO. Atrás.

RUFO. (*yendo por otro lado.*) Yo estoy loco!
Veré si en este...

VOZ DENTRO. Tampoco!

RUFO. Pues por el fondo.

(Voz dentro, al tiempo que baja del telar un brazo larguísimo que le suspende de los cabellos.

VOZ DENTRO. Ay de ti!

RUFO. Eh! que me arrancas el pelo!
Uy! uy! uy! como me tira!
aja, já! Ya se retira...
No mas agonías, cielo!
En esa tremenda lucha,
quién venció?

VOZ DENTRO. Llegó la hora.

RUFO. Cuándo vá á sonar?

VOZ DENTRO. Ahora.

RUFO. Pues que sea pronto.

VOZ. Escucha...

(Un relój fúnebre dá muy despacio seis campanadas.)

RUFO. Sudo y tirito á la vez!
Oh! Dios, á quien idolatro...
A ver... una... dos... tres... cuatro...
yo tengo un nudo en la nuez!
Cinco... seis... tremendo instante!
Y se ha parado el relój!
(*carcajadas infernales.*)
Nos hemos perdido!

FORT. DENTRO. (*dá otra campanada*) No.
mira mi poder triunfante.

(Gran mutacion del templo de la Fortuna, formado de columnas de varios tamaños. Estas columnas serán trasparentes y movibles; la rueda de la fortuna al foro; debajo de ella un globo inmenso, al cual hace girar la rueda; sobre las columnas génios sosteniendo guirnaldas.)

ESCENA XXVII.

Dicho, la FORTUNA, DON JUAN, RUFA, ALMERINDA.

JUAN. Se logró nuestra ventura.

RUFA. Ven, Rufo, al pié del dosel.

ALMER. Siempre tuya!

RUFO. Ahi vá un lebrel
que guardará tu verdura.

FORT. Amantes, ya la amargura
dejó de asestar sus tiros;
mas es preciso advertiros
que solo en Dios confieis,
pues mi templo, ya lo veis,
está siempre dando giros.
Don Juan, á tu padre anciano
vengaste, digno guerrero,
y venciste con tu acero
la soberbia del pagano;
la providencia su mano
tiende sobre vuestra sien,
pisad la senda del bien;
salid ninfas de ese caos;
bailad, y regocijaos,
pues estais en un Eden.

(El globo se abre y aparecen en él las ninfas; estas bajan, bailan, y al hacer el grupo final, una luz celeste ilumina la escena. Se cierra el globo; las columnas giran al revés, los genios agitan los cuernos de la abundancia, y cae una corta, pero espesa lluvia de papel dorado, que deberá hacer un magnífico efecto con la luz azulada.)

CUADRO FINAL.

MADRID, 1861.

IMP. DE D. V. DE LALAMA, A CARGO DE PASCUAL CONESA.
Plaza de la Cebada, núm. 66.



